

**CEREMONIA DE BIENVENIDA**  
**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
*Aeropuerto «Carrasco» de Montevideo (Uruguay)*  
*Martes 31 de marzo de 1984*

*Señor Presidente,*  
*venerables hermanos en el Episcopado,*  
*Autoridades,*  
*“Orientales” todos,*  
*hijos de Uruguay,:*

1. Al dirigir mi primer saludo a toda la nación y a la Iglesia en Uruguay, quieto ante todo dar gracias a Dios por haberme concedido la dicha de emprender este viaje apostólico. En su nombre os deseo: ¡Paz y prosperidad para toda la República Oriental del Uruguay!

Mi saludo va, en primer lugar, al Señor Presidente de la República. Las palabras que acaba de pronunciar en nombre del Gobierno de la nación y de todos los ciudadanos, son sin duda expresión del gozo que sienten los uruguayos por la presencia del Papa entre ellos y en su propia tierra. Gracias, Señor Presidente, por esta amable acogida que me abre de par en par las puertas de este pueblo, bien conocido por su hospitalidad. He aceptado complacido su gentil invitación y la del Episcopado uruguayo a hacer esta visita que estrecha aún más los tradicionales lazos de esta noble nación con la Sede Apostólica y de manera primordial quiere sellar la comunión entre el Sucesor de Pedro y los Pastores y fieles de esta Iglesia que vive en Uruguay.

Saludo también a las demás autoridades aquí presentes, a los miembros del Gobierno y a cuantos personalmente se han prodigado para hacer realidad esta visita.

Mi abrazo fraterno a cada uno de mis amadísimos hermanos, los obispos de este país. Saludo también con afecto a todos los sacerdotes, religiosos y religiosas, diáconos, seminaristas y laicos comprometidos en la tarea evangelizadora de la Iglesia. Para todos vosotros, hombres y mujeres, niños y jóvenes, adultos y

ancianos, mi saludo, mi afecto y mi bendición. El corazón del Papa se abre para acoger gozosamente, en el Señor, a todo el pueblo de Uruguay.

2. Uruguay es una nación del continente latinoamericano que se ha distinguido por su contribución en favor de la paz. Prueba de ello ha sido el apoyo que ha prestado para la superación del diferendo entre Argentina y Chile sobre la zona austral. Por eso, he considerado mi deber conmemorar en Montevideo el feliz resultado de la Mediación papal.

Vuestra patria se destaca por su decidido propósito en fomentar el progreso social, la participación de todos en el bien común y el esfuerzo unitario orientado a la promoción de la educación y de la cultura.

En vuestro país conviven en la concordia diversas opciones sociales y políticas, y grupos que profesan diferentes creencias religiosas; todo ello en un clima favorable de respeto y tolerancia.

Es bien conocido, y me es grato subrayarlo, que los uruguayos sois un pueblo de corazón, que sabe querer y valorar la amistad. Por eso, estoy seguro de que también vosotros sabréis entender mis palabras, palabras de amigo y de Padre, que a todos respeta y a todos quiere.

La historia de vuestro pueblo está profundamente hermanada con la historia de la proclamación y difusión del Evangelio en América. La fe cristiana ha dejado una huella imborrable en vuestra historia y en vuestra cultura, y no puede dejar de iluminar el presente y futuro de esta República Oriental del Uruguay.

3. El Evangelio de Cristo es mensaje de amor, de justicia, de libertad; garantía de la dignidad de la persona humana, fermento de una convivencia social pacífica y fraterna entre personas, grupos y pueblos. La Iglesia católica quiere ser en el mundo entero artífice de paz basada en la justicia, en el respeto y tutela de los legítimos derechos, particularmente de los más débiles y necesitados. También la Iglesia en Uruguay se esfuerza, con lealtad y con espíritu de servicio, por ser factor de unidad y armonía entre los ciudadanos, buscando siempre la elevación moral de los individuos y del orden social.

Con esta visita el Papa quiere también confirmar a todos los católicos en esta tarea de servicio del bien común, en su fidelidad al Evangelio de Cristo, para ser como el alma de la sociedad uruguaya, constructores de una civilización del amor, que lleve a la promoción integral del hombre y de la sociedad.

4. Como portador de un mensaje de vida y de esperanza, os invito a abrir a Cristo las puertas de vuestro corazón; especialmente a los jóvenes que son ya promesa del futuro y serán protagonistas de la historia de este pueblo en el tercer milenio que ya se aproxima, lleno de incógnitas y desafíos para la humanidad.

¡Cómo me gustaría disponer de más tiempo para conocer mejor vuestro país, encontrarme con sus gentes, conocer más de cerca vuestras inquietudes y aspiraciones! Será en otra oportunidad no lejana. Ojalá esta breve visita deje la huella de paz y de renovación espiritual que yo mismo he deseado al venir hasta vosotros.

Este deseo lo encomiendo, junto con vuestras intenciones, a la Virgen de los Treinta y Tres, Patrona del Uruguay, invocando su protección maternal sobre todas vuestras familias y hogares.

¡Uruguay, el Papa te saluda y te bendice! ¡Acepta el mensaje de paz y de amistad del Sucesor de Pedro!

¡Gracias por vuestra acogida! Con afecto de amigo y con amor de Padre, a todos bendigo de corazón.

## **ENCUENTRO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS**

**Catedral de Montevideo  
Martes 31 de marzo de 1987**

Venerables hermanos en el Episcopado,  
queridísimos sacerdotes, religiosos, religiosas,  
personas consagradas, diáconos y seminaristas,  
aquí presentes o unidos a nosotros en espíritu de comunión eclesial:

1. Muchas veces he pensado en vosotros, en vuestra labor evangelizadora y en el empeño que ponéis para hacer llegar el mensaje de Cristo a los hombres y mujeres de vuestro amado país. Al encontrarme hoy entre vosotros en esta catedral

metropolitana de Montevideo, siento una honda alegría que quiete manifestarse en continua acción de gracias a Dios.

Me alegra sobremanera que, a pesar del poco tiempo que en esta ocasión voy a permanecer en vuestra patria, se haya programado este encuentro -y que realmente sea el primero- para haceros así partícipes de mi afecto y deciros personalmente cuánto aprecio vuestra generosa e insustituible, colaboración en la grandiosa tarea de la nueva evangelización de este país tan querido por el Papa, y que tantas esperanzas suscita en el conjunto de la Iglesia latinoamericana.

Por primera vez viene a visitaros el Sucesor de Pedro. Quiera el Señor que este momento de gracia tan señalado sea propicio para afianzaros en la fe y para vigorizar en vuestra conciencia los lazos de íntima comunión con la Sede Apostólica, con vuestros obispos y con tantos hermanos esparcidos por el mundo entero. Unidos fraternalmente con vosotros en el consolador misterio del Cuerpo místico de Cristo, aun sin conoceros, os aman y oran por vosotros, como vosotros lo hacéis por ellos. Fundamento visible de esta unidad es el ministerio de Pedro, querido por el mismo Cristo y sentido por vosotros y por tantos hijos de la Iglesia con quienes me encuentro a lo largo de mis viajes misioneros.

Deseo ahora agradecer muy cordialmente las palabras de bienvenida que Monseñor José Gottardi, arzobispo de Montevideo, acaba de dirigirme en nombre de la Conferencia Episcopal Uruguay y de todos vosotros.

Me ha producido especial satisfacción saber que estáis empeñados en un particular esfuerzo evangelizador, para llevar adelante la Misión popular en todas y cada una de las diócesis del Uruguay, lo cual constituye tradicionalmente un medio insustituible para una renovación periódica y vigorosa de la vida cristiana (Catechesi tradendae, 47). Por eso os animo a preparar esta Misión " con todo entusiasmo, con generosidad y audacia evangélica, en un clima de perfecta unidad y comunión con vuestros obispos, para que, con la ayuda de Dios, logréis alcanzar los objetivos que, siguiendo el camino trazado por Puebla (Puebla, 165-339), os habéis propuesto, es decir, llevar capilarmente a todos los hombres y mujeres del Uruguay la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, como mensaje de salvación que transforma los corazones y la sociedad entera.

2. En nuestros oídos resuena siempre vivo el mandato del divino Maestro: "Id y enseñad a todas las gentes a observar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28, 19-20). Conscientes de tan gran responsabilidad, habéis de sentir como propia la inquietud apostólica de San Pablo, cuando exclamaba: "¡Ay de mí si no evangelizare!" (1Cor. 9, 16). Y como recomienda el mismo Apóstol, habéis de predicar la palabra a "tiempo y a destiempo" (2Tm 4, 1-2) , plenamente convencidos de la fuerza inherente a la verdad que la Iglesia profesa desde hace dos mil años.

Toda acción evangelizadora se orienta, en consecuencia, a lograr que cada persona y cada comunidad se abran plenamente a la Palabra de Dios. "La fe, en su esencia más profunda, es apertura del corazón humano ante el don: ante la autocomunicación de Dios por el Espíritu Santo" (Dominum et Vivificantem, 51). La Iglesia os será infinitamente grata si no os cansáis de ayudar a los hermanos a recibir la Palabra divina tal como es: revelada e inspirada por Dios como iniciativa y don suyo, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia y vivida por los Santos. Sólo así vuestras comunidades estarán en condiciones de "releer" de manera auténtica la Palabra ante los acontecimientos nuevos. "Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la Revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones" (Dei Verbum, 5).

Como toda Iglesia local, también la vuestra puede mostrar, con legítimo orgullo, elocuentes monumentos que, como en esta misma catedral, recuerdan la eficacia de esa fuerza y verdad evangélica en vuestra patria. Me estoy refiriendo, entre otros, a personas que, cual figuras luminosas se van agigantando con el correr de la historia: el primer vicario apostólico Dámaso Antonio Larrañaga, cuyo nombre ha tomado vuestra recientemente erigida Universidad Católica del Uruguay; vuestro primer obispo, el Siervo de Dios Monseñor Jacinto Vera, Pastor celoso y ejemplar; y ese gran pensador y maestro que fue Monseñor Mariano Soler, primer arzobispo de esta provincia eclesiástica. El ejemplo y la obra imperecedera de estos y tantos otros nombres insignes de la Iglesia en el Uruguay, no pueden quedar olvidados. Hoy más que nunca es necesario alzar la antorcha de la verdad evangélica para iluminar los pasos inciertos y sin esperanza de tantos hermanos nuestros que caminan a la deriva. El camino de la Iglesia es ese hombre, en cuyo corazón "el Espíritu Santo no deja de ser el custodio de la esperanza" (Dominum et Vivificantem, 67).

3. Sin embargo, no debemos olvidar que la fuerza eficaz y transformadora de la palabra revelada no dimana de la humana elocuencia con que viene proclamada, sino de la verdad inherente en ella misma, es decir, de su autenticidad como Palabra de Dios. Es el mismo Maestro quien, al transmitir el mensaje recibido del Padre, siente la necesidad de subrayar que actúa en plena fidelidad a su divina fuente: “La palabra que oís no es mía, sino del Padre que me ha enviado” (Jn 14, 24).

El mensaje evangélico no será auténtico y en consecuencia no será capaz de renovar en profundidad la vida cristiana, si no es proclamado en toda su pureza e integridad. Hay que superar pues la tentación de reducir el Evangelio a ciertos pasajes interpretados según los propios gustos y opiniones o de acuerdo a posturas ideológicas preconcebidas.

No os dejéis llevar por el desánimo ante un aparente fracaso en vuestro apostolado. Escuchemos, en cambio, la voz de Cristo que continúa diciéndonos, como a sus Apóstoles: “Remad mar adentro y echad vuestras redes para pescar” (Lc 5, 4). Sí, como verdaderos Apóstoles, en momentos de zozobra levantamos nuestra mirada hacia el Señor para decirle: Confiamos en Ti, y en tu nombre seguiremos echando las redes; aun a costa de sacrificios e incomprensiones, hemos de proclamar sin temor alguno la verdad completa y auténtica sobre tu persona, sobre la Iglesia que Tú fundaste, sobre el hombre y sobre el mundo que Tú has redimido con tu sangre, sin reduccionismos ni ambigüedades.

No es pues en datos puramente sociológicos, sociológicos o políticos donde encontraremos los criterios de nuestra enseñanza y de nuestra conducta, sino en la fe, en la comunión de vida con Jesucristo y en la fidelidad plena a la doctrina de la Iglesia.

4. Pensad, queridos hermanos y hermanas, que, en caso de no aportar estas luces específicas, que sólo destellan desde el Evangelio, en poco o en nada os diferenciaríais de otros analistas y trabajadores sociales. Si vuestros oyentes observaran que vuestra mirada no va más allá de lo apreciable dentro de los horizontes profanos, se preguntarían asombrados dónde está y en qué se manifiesta la originalidad de vuestra presencia y de vuestro mensaje. Muchas veces, afortunadamente, el “sensus fidei” presente en el Pueblo de Dios,

predispone a los fieles a aceptar con prontitud el pan genuino del Evangelio, rechazando el que está adulterado.

Vuestro esfuerzo evangelizador, respaldado por la oración y por la penitencia, y animado por el Espíritu Santificador, deberá conducir a la conversión, es decir, al retorno a la verdad y a la amistad con Dios de aquellos que, por haber perdido la gracia se hayan alejado de El; vuestra palabra y vuestro ejemplo han de ser estímulo para los cristianos rutinarios para salir de su estado; han de enfervorizar a las almas para que vivan con alegría el espíritu de las bienaventuranzas; han de suscitar vocaciones de hombres y mujeres que opten por una consagración total de sus vidas al servicio de Dios y de los hermanos.

5. En vuestro trabajo apostólico habréis de prestar una solicitud prioritaria a la conversión del corazón. ¿Por qué? Porque es del interior del hombre de donde procede todo aquello que le separa de su Creador y donde se construyen las barreras de división con sus hermanos (Mt 7, 20-23). “La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aun en las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones del corazón del hombre no son saneadas, si no hay conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven esas estructuras o las rigen” (Evangelii Nuntinadi, 36). He ahí el nervio de vuestra tarea misionera, donde nadie podrá sustituirlos, ya que debéis ser colaboradores discretos del Espíritu Santo, “agente principal de la evangelización” (Ibíd., 75), en un trabajo que, por lo común, no llama la atención ni puede ser contabilizado con parámetros puramente humanos.

Ni el fracaso ni el éxito os induzcan nunca a olvidar vuestra vocación de servidores, dejando al Señor que dé el crecimiento cómo y cuándo El lo quiera (cf. 1Co 3, 7), imitando a la vez al Apóstol Pablo, que sabía pasar necesidad y vivir en la abundancia estando a todo y para todo bien enseñado: a la hartura y al hambre, a abundar y a carecer; y podía confesar con intrepidez “Todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Flp 4, 12-13).

Yo quisiera que, como fruto de nuestro encuentro, se avivara en vosotros la urgencia en corresponder a la gracia recibida y que, con renovado entusiasmo,

empeñarais toda vuestra capacidad de amor en buscar la santidad a la que hemos sido destinados por la elección de Dios. Solamente si nos esforzamos por identificarnos con Cristo, podremos decir en verdad con el Apóstol: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Sólo entonces tendremos el valor necesario para construir la “civilización del amor”, un mundo más divino a la vez, movido por la fuerza irresistible de la caridad.

6. Si el bautismo es el momento decisivo de nuestro injerto espiritual en Cristo, la vida nueva que de él surge necesitará, para poder desarrollarse convenientemente, la savia continua de la gracia sacramental. Ante la posibilidad de una ruptura ulterior por nuestra parte, el Señor estableció el sacramento de la penitencia o reconciliación. Como bien sabéis, el Sínodo de los Obispos de 1983 estudió esta importantísima materia. En la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Paenitentia* encontraréis las orientaciones pastorales pertinentes. Debemos acercarnos frecuentemente a esta fuente de vida que es el sacramento de la reconciliación. Allí encontraréis siempre los brazos amorosos de Dios nuestro Padre, la paz verdadera que sólo Cristo puede dar y la renovación auténtica según la vida nueva del Espíritu.

A vosotros sacerdotes, como ministros de la reconciliación, os exhorto a cobrar un renovado aprecio por la celebración de este sacramento, en el que Jesús se vale de vosotros para llegar a lo más íntimo del corazón. No dejéis de estudiar y orar a fin de estar a la altura del ministerio de la pacificación del hombre con Dios, facultad tan inaudita, que hizo exclamar con estupor: “¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?” (Mc 2, 7). Por esto, os pido que estéis siempre disponibles. No escatiméis el tiempo de vuestra dedicación a administrar este sacramento y a guiar a los fieles por el camino de la perfección. Pensad que Dios está siempre a la espera del hijo que vuelve a casa para ser perdonado y reconciliado por medio de vosotros. Y que vuestra misma experiencia de acercaros personalmente a este sacramento sea el mejor estímulo para vuestra dedicación pastoral, y un motivo ulterior para vivir continuamente vuestro “gozo pascual” (*Presbyterorum Ordinis*, 11).

7. Queridos hijos todos: Frecuentad el trato con el divino Maestro realmente presente en la Eucaristía. Sólo así podréis descubrir a los fieles el secreto de la vida cristiana. Son palabras del mismo Jesús: “El que permanece en mí y yo en él,



ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). Sed testigos del amor de Cristo Eucaristía: un amor que espolea a una generosidad sin límites y a una entrega sin reservas a El, y a través de El, a todo el que lo busca con sincero corazón. ¿Cómo podríais, si no, descubrir el significado de vuestra vida consagrada y el sentido de vuestra entrega total sin este diario e íntimo encuentro con Cristo?

Es necesario y urgente despertar y cultivar en los fieles la veneración de este sacramento inefable, su celebración en el sacrificio de la Misa y su recepción frecuente con la debida preparación. Si el crecimiento espiritual de los fieles se centra en la Eucaristía, está asegurada la vitalidad de la Iglesia. Por eso me ha llenado de gozo el saber que en 1988 os proponéis celebrar un “ Año Eucarístico ”. Siempre, pero de manera muy especial durante esa celebración, deberéis corresponder con vuestro amor a la entrega perenne de Jesucristo sacramentado, modelo de servicio a nuestro hermano. Por otra parte, el Año Mariano que pronto iniciará, os servirá de preparación para vivir en el Cenáculo con María (Hch 1, 14) y asociados como Ella al sacrificio redentor de Cristo actualizado en la Eucaristía.

8. En los últimos años ha sido subrayada con especial fuerza e insistencia, dentro de la misión apostólica y pastoral de la Iglesia, la llamada “ opción preferencial por los pobres ”. Como sabéis, esta preferencia, puesta de relieve por el Concilio Vaticano II (cf. Lumen gentium, 8), encontró inmediatamente una calurosa acogida en toda la Iglesia, y muy en particular en América Latina. No podía ser de otra manera, puesto que se trata del mensaje eterno del Evangelio. Así actuó Cristo (cf. Lc 4, 18); así lo hicieron los Apóstoles; y así lo ha vivido la Iglesia a lo largo de su historia dos veces milenaria.

Pero esta “opción”, por el hecho de ser “preferencial”, indica e implica que no debe ser exclusiva ni excluyente. El mensaje de salvación que Cristo nos trae está destinado “a toda creatura” (cf. Mc 16, 15). Es una “ opción ” que tiene su fundamento en la Palabra de Dios y no en criterios aportados por ciencias humanas o ideologías contrapuestas, que a menudo reducen los pobres a categorías económicas o socio-políticas. Ella, sin embargo, ha de realizarse mirando al hombre con una visión integral, es decir, con su vocación temporal y eterna. Y es ahí precisamente donde, a la luz de la Revelación, descubrimos que la pobreza más absoluta es la orfandad divina, consecuencia del pecado. Consiguientemente, la primera liberación que Cristo vino a brindar al hombre es la liberación del

pecado, del mal moral que anida en su corazón y que, a su vez, es raíz y causa de las estructuras opresoras. Podréis acercaros eficazmente a los pobres y a sus problemas para iluminarlos según el Evangelio, si tenéis un corazón de pobre que sabe recibir la Palabra de Dios tal como es, y si adoptáis una vida de auténtico desprendimiento como seguimiento de Cristo.

9. Quienes como vosotros, sacerdotes y personas consagradas, han optado incondicionalmente por Cristo, deben ser siempre factores de unidad; nunca de división en nombre de determinadas concepciones ideológicas o políticas opcionales, por legítimas que fueren. Vosotros tenéis la responsabilidad de proclamar los principios éticos y morales, así como las aplicaciones concretas de los principios fundamentales que deben inspirar la actividad económica, social y política para que sean verdaderamente “humanas”; pero dejad a los laicos competentes y bien formados en su conciencia moral, la ordenación de los asuntos temporales, y no ocupéis su lugar abandonando el vuestro específico. Tal comportamiento no indica en modo alguno indiferencia por los problemas temporales, sino que es signo de un compromiso radical, que vosotros habéis aceptado por motivos superiores.

10. Me consta que muchos de vosotros, amadísimos religiosos y personas consagradas, tenéis una presencia cualificada en los diversos campos del apostolado eclesial: en las parroquias y comunidades, en los colegios y hospitales, en el mundo rural. Sé que trabajáis con los niños, con los jóvenes, con los ancianos, con los estudiantes, con los enfermos, con los pobres y marginados, y con muchas otras categorías de personas, todas ellas necesitadas de asistencia material y espiritual. Trabajad con alegría y entusiasmo en estos servicios y también en los cargos humildes y poco apetecidos que forman parte de toda la acción evangelizadora. No olvidéis que el amor de Dios pasa a través de vosotros, porque ha querido necesitar de vuestro corazón y de vuestras manos y de toda vuestra vida para prolongarse y acercarse a todos.

No sois pocos los que, por vocación, os dedicáis a la enseñanza en sus varios niveles, desde la escuela primaria y secundaria, hasta la misma Universidad Católica, de reciente fundación. La actividad educativa necesita del más amplio apoyo y generosa colaboración de toda la Iglesia local, para que la semilla

sembrada pueda convertirse en árbol frondoso y produzca frutos sazonados y abundantes para bien de toda la sociedad uruguaya.

Grande es vuestra responsabilidad al dedicar vuestras energías a un campo de tanta trascendencia para el presente y el futuro de la vida de la Iglesia en vuestro país. Pensad que ella os ha confiado, a vosotros de manera especial, la inmensa tarea de la evangelización de la cultura en un mundo, que si por una parte parece cada vez más secularizado, por otra manifiesta que sin Dios la vida del hombre no tiene sentido. Sólo una cultura impregnada de esperanza cristiana, que sepa dar respuesta a estas inquietudes transcendentales del corazón humano, merecerá el nombre de “nuevo humanismo, en el que el hombre quede definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia” (Gaudium et spes, 55).

11. También se encuentran aquí presentes las religiosas de clausura procedentes de los varios monasterios, gracias a Dios existentes en el Uruguay. Sabed, queridas hijas, que ocupáis un lugar privilegiado en el corazón de la Iglesia, porque vosotras, al estilo de Santa Teresa de Jesús y de otras tantas almas contemplativas, sois como “el amor en el corazón de la Iglesia”. Vivid con la alegría profunda de saber que, a través de vuestra vida exigente y austera, sois también evangelizadoras “con misteriosa fecundidad apostólica” (Perfectae Caritatis, 7), ¡Gracias por vuestra oración y por vuestra entrega generosa desde el silencio del claustro!

Y vosotros, amados diáconos permanentes y seminaristas: Sabed que sois la hermosa esperanza de la Iglesia siempre joven. Estoy seguro que no la defraudaréis. Queridos seminaristas: Si tenéis la valentía de perseverar, mostrando vuestro gozo de haber sido llamados para ser signos y testigos del Buen Pastor, otros muchos jóvenes seguirán sin temor vuestro ejemplo de dedicarse plenamente al servicio de Dios y de la Iglesia para bien de los hermanos.

A las personas consagradas que pertenecen a Institutos seculares y Asociaciones de vida apostólica quiero alentarlas a proseguir su labor evangelizadora con siempre renovada generosidad y entusiasmo, viviendo la consagración en la secularidad, para impregnar del Evangelio las situaciones y estructuras humanas.

12. Al finalizar este gratísimo encuentro, encomiendo a todos y a cada uno de vosotros al cuidado maternal de María Santísima, Estrella de la Evangelización. A Ella, la Madre de Jesucristo y Madre de la Iglesia, encomiendo también vuestros afanes apostólicos. Que vuestra Patrona, la Virgen de los Treinta y Tres, os ayude a vivir siempre fieles a vuestros compromisos e ideales, gozosos por hacer de vuestra vida, vaciada de todo egoísmo, una donación a Dios y a los hermanos.

Con estos deseos os imparto de corazón a vosotros y a todos vuestros hermanos y hermanas, mi Bendición Apostólica.

**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
PARA CONMEMORAR LOS ACUERDOS DE MONTEVIDEO**

**Palacio Taranco de Montevideo**

**Martes 31 de marzo de 1987**

*Señor Presidente de la República y miembros del Gobierno,  
Señores Ministros de Relaciones Exteriores de Argentina, Chile y Uruguay,  
Excelencias, Señoras y Señores:*

1. En estos momentos siento un gran gozo dentro de mí, al verme reunido con tantas ilustres personalidades en este lugar, que fue testigo de un memorable acontecimiento. Un acontecimiento histórico, que culminó años después con el triunfo de la buena voluntad y del entendimiento entre hombres y pueblos, y que, por lo mismo, será una página inolvidable de la historia de América Latina.

Como todos saben, entre dos países, hermanos por su origen y raíces históricas, por su fe, su lengua y su geografía, existían antiguas diferencias, que les llevaron en el año 1978 al borde de un conflicto armado.

Hoy damos fervientes gracias a Dios, y nos congratulamos todos, porque, en lugar de recurrir a la fuerza destructora de las armas, los responsables de aquellos dos pueblos tuvieron la grandeza de ánimo de optar por el diálogo y la negociación, decididos a superar las tensiones según criterios de equidad y, por encima de todo, a garantizar la paz.

Es justo en esta ocasión manifestar pública gratitud al Uruguay que, con actitud solidaria y constructiva, ofreció generosamente su suelo para que sobre él pudiera darse, con la firma de los dos Acuerdos de Montevideo en este Palacio Taranco, el primer paso en aquel camino que iba a exigir, hasta llegar a la meta, grandes dosis de buena voluntad, prudencia, sabiduría y tenacidad por parte de todos.

2. Fue aquella una opción abierta y decidida, en orden a buscar soluciones no violentas a los conflictos internacionales, y que honra a quienes la protagonizaron. Fue una lección práctica y convincente de que los hombres y las naciones, si en verdad lo quieren, pueden convivir en paz, haciendo prevalecer la fuerza de la razón sobre las razones de la fuerza. Fue la confirmación de que la historia no está regida por impulsos ciegos, sino que depende más bien, en su devenir, de las decisiones justas y responsables, adoptadas libremente por los hombres. Por consiguiente, la guerra no es algo fatídico e inevitable.

Hoy nos hemos dado cita en este Palacio Taranco precisamente para conmemorar lo acontecido en aquel 8 de enero de 1979, es decir, la reafirmación de los medios pacíficos para la solución de las controversias entre dos países y la renuncia explícita al uso de la fuerza.

Antes de visitar Chile y Argentina -como había prometido hacer al término de la Mediación que ambos países me solicitaron- he creído que era justo conmemorar aquel gesto de buena voluntad, primera etapa del camino hacia la paz

Deseo también en esta circunstancia rendir público homenaje a la memoria del cardenal Antonio Samorè, mi Enviado Especial en aquella ocasión, quien, con gran tacto y sentido de responsabilidad, supo perfilar y después consolidar en los ánimos el convencimiento y la necesidad de superar las barreras que habían ido surgiendo entre ambas naciones. En este Palacio, en el que gracias a sus esfuerzos, se reunió con los respectivos Cancilleres, se echaron los cimientos de la deseada paz.

3. Sobre esos cimientos, por el quehacer conjunto de ambos países y de la Santa Sede, se fue construyendo después, gracias al trabajo cotidiano de delegaciones competentes en la presentación y defensa de los legítimos intereses nacionales (y a la fiel competencia de cuantos fueron mis colaboradores en la Mediación), una

realidad de paz consolidada y de prometedora colaboración. Realidad que quedó definitivamente plasmada en el Tratado de Paz y Amistad firmado el 29 de noviembre de 1984. Este Tratado, que entró en vigor el 2 de mayo sucesivo mediante el canje de los instrumentos de ratificación, justifica todavía más nuestra conmemoración de hoy, constituyendo en sí mismo una prueba evidente de que aquella apuesta por el diálogo y la negociación que Argentina y Chile hicieron en este Palacio fue el justo camino a seguir.

Sin limitarse al arreglo del diferendo inicial -que de por sí habría sido ya un resultado positivo-el Tratado consagra además la misma vía de diálogo, de negociación para la solución de nuevas posibles controversias Su texto incluye un compromiso solemne de preservar, reforzar y desarrollar los vínculos de paz y de amistad, así como una serie de cláusulas concretas encaminadas, antes de todo, a evitar que surjan controversias, a la vez que al mantenimiento y afianzamiento de las buenas relaciones entre ambas naciones. Además, Argentina y Chile consientes de que, a pesar de la mejor buena voluntad, podrían presentarse en el futuro algunas situaciones conflictivas, confirman la exclusión total del recurso a la fuerza y la obligación de solucionarlas únicamente por medios pacíficos: este solemne compromiso queda asegurado y facilitado con un detallado sistema para el arreglo pacífico de las controversias.

En este Palacio Taranco, en el que se sembró la semilla que produciría sazonados frutos de paz y de colaboración, me complace hoy en resaltar, ante tan distinguida representación de la comunidad internacional, el valor doblemente ejemplar de ese Tratado, con el que las Partes supieron resolver un difícil y centenario diferendo y establecer además cauces de solución para los que en un futuro pudieran aparecer. En esta circunstancia, deseo renovar un apremiante llamado para que nadie desfallezca en la búsqueda tenaz de vías pacíficas para la solución efectiva y honrosa de los conflictos -abiertos o latentes, nacionales o internacionales- que actualmente existen en nuestro mundo. Ante quienes pretenden resolverlos a espaldas del diálogo y de la razón o mediante el uso de la fuerza, reitero ahora el voto ferviente que hice el día de la entrada en vigor del Tratado que conmemoramos: que el camino del diálogo y de la negociación sea la “senda por la que transiten los países que, por diversas controversias, se ven ahora enfrentados”.

No duden jamás quienes están tentados de servirse de la fuerza con finalidades que pueden parecer legítimas, que siempre hay posibilidades de negociación con vistas a verdaderas soluciones, honrosas y aceptables para todos.

El recurso a la fuerza, a la violencia, para intentar resolver situaciones conflictivas o de injusticia, a nivel internacional e incluso nacional, suele llevar consigo - además de otros graves inconvenientes- un coste elevado de vidas humanas, que lo descalifican como vía de solución. El camino que lleva de veras a la paz implica, por otra parte, una sincera voluntad de conseguirla, a la vez que la aceptación del interlocutor como portador de aspiraciones y propuestas a considerar, y no como un enemigo a subyugar o suprimir.

Al Señor, rico en misericordia, a quienes los cristianos invocamos como “ Príncipe de la paz ” (Is. 9, 6), elevo mi plegaria llena de esperanza para que en el corazón de todos los hombres pueda reinar la paz.

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
**Explanada «Tres Cruces» (Montevideo)**  
**Miércoles 1 de abril de 1987**

1. “*El Señor es mi pastor*” (Sal 23 [22], 1).

Estas palabras que la Iglesia proclama en la liturgia de hoy quiero repetirlas de nuevo para saludar cordialmente, en el nombre del Señor Pastor de nuestras almas, a todos los aquí reunidos en la capital del Uruguay.

*Cuando en diciembre de 1978 se cernía sobre América del Sur la amenaza de una guerra, un Enviado mío, el Cardenal Antonio Samorè, estuvo precisamente aquí, en vuestra capital, donde gracias al auxilio divino y a la buena voluntad de los hombres, fue posible dar el primer paso de la mediación. Con la firma de aquel Acuerdo de Montevideo, los dos países, Argentina y Chile, se decidieron a caminar juntos por el sendero de la solución pacífica de una cuestión tan controvertida.*

Con mi presencia en vuestra ciudad, durante esta visita pastoral al Cono Sur americano he querido, también, conmemorar la feliz conclusión del diferendo sobre la zona austral, y dar gracias, junto con vosotros, a Dios nuestro Señor. El es el Buen Pastor de los pueblos y de las naciones; El es el Buen Pastor de cada hombre

2. En su nombre, en el nombre de Jesucristo, *saludo a toda la Iglesia que está en el Uruguay y a la entera sociedad de esta nación*. En primer lugar, al Señor Presidente de la República y a las autoridades civiles del país aquí presentes. Saludo igualmente a los venerables y queridos hermanos en el Episcopado, al arzobispo de Montevideo y sus obispos auxiliares, y a los obispos diocesanos de Canelones, Florida, Maldonado-Punta del Este, Melo, Mercedes, Minas, Salto, San José de Mayo y Tacuarembó. Os saludo a todos, amadísimos hermanos y hermanas que, desde los cuatro puntos cardinales del Uruguay, habéis venido esta mañana en forma multitudinaria a esta explanada, denominada “ Tres Cruces ”, que fuera escenario de importantes acontecimientos en la historia de vuestra patria. Sé que muchos de vosotros habéis tenido que hacer un gran sacrificio para acudir a esta cita. Por eso, os digo de corazón: ¡Gracias, muchas gracias por vuestra presencia!

Aquí, a la sombra de la cruz imponente que preside este altar, sobre el que vamos a renovar de forma sacramental el Sacrificio redentor de Jesucristo en el Calvario, quiero desear a todos los presentes, y a todos los uruguayos, al norte y al sur del Río Negro, en cada uno de sus diecinueve departamentos, mi afectuoso saludo en el Señor: ¡Gracia y paz a la Iglesia de Dios que está en Uruguay!

3. Estamos celebrando el tiempo litúrgico *de la Cuaresma*. La Palabra de Dios guía hoy nuestros pensamientos y nuestros corazones hacia el Hijo del hombre que personalmente anuncia, en presencia de los Apóstoles, *su pasión, muerte y resurrección*.

El dice que el Hijo del hombre debía padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, morir y resucitar después de tres días (Mc 8, 31).

Al decir estas palabras, Jesús asume conscientemente los rasgos del Varón de dolores anunciado por el Profeta Isaías (Is 53, 2-3). Sabe con certeza absoluta que *las palabras del Profeta se refieren al Mesías, a El mismo*.

4. Hoy, en la lectura del Evangelio hemos escuchado a Jesús que pregunta a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?”. Le dan diversas respuestas, tras lo cual Jesús les interroga de nuevo: “ Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Respondiendo Pedro, le dice: “*Tú eres el Cristo*” (Mc 8, 27. 29).



Seguidamente, Jesús enseña a los Apóstoles que el Mesías es precisamente Aquel en quien se cumplirá la profecía de Isaías *sobre el Varón de dolores*.

Y cuando el mismo Pedro, que poco antes había dado un espléndido testimonio sobre el Mesías, se resiste a aceptar todo lo que Jesús dice acerca de su humillación y de su pasión, *el Maestro le reprende* con gran severidad: “¡Apártate de mí, Satanás! Porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres” (*Ibid.*, 8, 33).

En efecto, en aquellos momentos para Pedro *el Mesías debía ser rey*, una autoridad de este mundo. Debía sentarse sobre el trono de David y librar a la nación de sus opresores. Pedro hablaba con categorías humanas; pero los planes de Dios iban en otra dirección. En efecto, este Mesías, anunciado por el Profeta Isaías, había de convertirse en *Varón de dolores*, en un “ despreciado y abandonado por los hombres ”. El Mesías-Cristo-*Redentor del hombre*, había de cargar con nuestros sufrimientos; ser traspasado por nuestros sufrimientos; ser traspasado por nuestros delitos y aplastado por nuestras iniquidades (*Is 53, 3-5*).

Queridos hermanos y hermanas, Pueblo de Dios que vive en Uruguay: Meditad atentamente las palabras de la liturgia de hoy. *Acoged la verdad divina sobre el Hijo del hombre*. Ella tiene un poder salvífico; en ella está contenida la plena verdad sobre la liberación del hombre.

5. “El Señor es mi pastor”. Lo canta hoy la Iglesia en la liturgia aquí en Montevideo, en Uruguay, en todo el mundo... *El Señor es nuestro Pastor*: precisamente El, Cristo crucificado y resucitado, Redentor del hombre y del mundo.

Y la Iglesia, fundada por el mismo Cristo, continúa a través de la historia su obra redentora. Por eso, no puede contemplar la marcha de la humanidad o el devenir histórico de cada hombre, con indiferencia. Así lo enseña el Concilio Vaticano II, en las palabras iniciales de su Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: “ El gozo y la esperanza, las lágrimas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón ” (*Gaudium et Spes*, 1).

Esto no supone, sin embargo, que la Iglesia tenga ambición alguna terrena, puesto que lo único que pretende es continuar la misma obra salvífica de Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para condenar (*Jn 18, 37*), para servir y no para ser servido (*Mt 20, 28*; *Gaudium et Spes*, 3).

Fiel a su misión, la Iglesia debe proyectar, sobre los problemas que aquejan a la humanidad en cada momento de su historia, la luz limpia y pura que brota del Evangelio, siempre actual por ser Palabra de Dios. Y esto es lo que hace y lo que quiere seguir haciendo en cumplimiento del mandato recibido del mismo Cristo. Para ello pide sólo libertad, para que su voz pueda llegar sin obstáculos a todo aquel que quiera escucharla.

6. Queridos uruguayos: Vuestra patria nació católica. Sus próceres se valieron del consejo de preclaros sacerdotes que alentaron los primeros pasos de la nación uruguaya con la enseñanza de Cristo y de su Iglesia, y la encomendaron a la protección de la Virgen que, bajo la advocación de los Treinta y Tres, hoy nos preside junto a la cruz. El Uruguay de hoy encontrará los caminos de la verdadera reconciliación y del desarrollo integral que tanto ansia, si no aparta los ojos de Cristo, Príncipe de la Paz y Rey del universo.

Y para que esta nación -la gran familia del Uruguay- sea siempre fiel al mensaje salvífico de Cristo, es preciso que *la comunidad familiar* célula básica de vuestra sociedad-no vuelva sus espaldas a Cristo, sino que sean -como se lo recordaba en Roma a vuestros obispos en su última visita “ad limina”- “familias unidas, sanas moralmente, educadoras en la fe, respetuosas de los derechos de cada persona, empezando por el respeto a la vida de cada criatura, desde el momento mismo de su concepción ” (*A los obispos uruguayos en visita “ad limina apostolorum”*, 14 de enero de 1985, n. 6).

Hoy, por desgracia, no faltan quienes pretenden ofrecer a los matrimonios y a las familias una supuesta felicidad a bajo precio. Yo os pediría que no os dejéis engañar. Dejaos, más bien, iluminar por la Palabra de Dios, interpretada auténticamente por el Magisterio de la Iglesia, que posee garantía de veracidad, basada en la asistencia del Espíritu Santo que Cristo le prometió hasta el fin de los tiempos. La Iglesia no os propone una vía fácil: el cristiano, si quiere llegar a la resurrección, no puede desviarse del camino recorrido por el Maestro. Pero os

garantiza, a cambio, la seguridad de ir por buen camino, porque nuestro guía es el Señor y El infunde en nuestros corazones la paz y la alegría que el mundo no puede dar.

Ante las dificultades que puedan surgir dentro de la vida conyugal, no os dejéis desorientar por el fácil expediente del divorcio que sólo da apariencias de solución, pues en realidad se limita a trasladar los problemas, agravándolos, hacia otros ámbitos. Los cristianos saben que el matrimonio, indisoluble por naturaleza, ha sido santificado por Cristo, haciéndolo participar del amor fiel e indestructible entre El y su Iglesia (Ef 5, 32). Frente a las tensiones y conflictos que puedan parecer, sobre todo cuando la familia está envuelta por un clima impregnado de permisividad y hedonismo, recuerde que “ está llamada por el Dios de la paz a hacer la experiencia gozosa y renovadora de la reconciliación, esto es, de la comunión reconstruida, de la unidad nuevamente encontrada ” (*Familiaris Consortio*, 21). De manera especial, mediante la participación en el sacramento de la reconciliación y en la comunión del Cuerpo de Cristo, las familias cristianas encontrarán la fuerza y la gracia necesaria para superar los obstáculos que atentan a su unidad (*Ibid.*), , no olvidando además que el verdadero amor se acrisola en el sufrimiento.

7. Vaya también en este día mi palabra de aliento y de esperanza a vosotros, queridísimos jóvenes uruguayos. Es de todos conocido el afecto y el aprecio que nutro dentro de mí por *la juventud*. Lamento que, en esta visita, no me haya sido posible tener un encuentro especial con vosotros, que sois la esperanza de vuestro país y también de la Iglesia.

Os ha tocado vivir un tiempo difícil, es verdad, pero también no es menos cierto que estamos ante uno de los momentos más apasionantes de la historia, en el que vais a ser testigos y protagonistas de profundas transformaciones. Vosotros, los jóvenes, tenéis una sensibilidad única para intuir el mundo nuevo que se aproxima y que va a necesitar de vuestros brazos jóvenes y generosos.

Para la construcción de ese mundo tendréis que emprender grandes tareas. Si queréis ser consecuentes con vuestros legítimos ideales y no claudicar, no podéis menos de ser ya desde ahora audaces, pacientes y sinceros con vosotros mismos, y tener una fe inquebrantable.

Sabéis que el hombre ha recibido de Dios esa vocación que es única: la del amor, que puede ser realizada en el matrimonio o en la donación total de sí mismo por el reino de los cielos. En ambos casos, la fidelidad es la virtud que ennoblece el amor.

Tendría todavía muchas cosas que deciros... y, sobre todo, me gustaría mucho escucharos; escuchar de vuestros labios cuáles son vuestras ilusiones e inquietudes, vuestros problemas y dificultades. De todos modos espero veros a muchos de vosotros el Domingo de Ramos, en Buenos Aires. Allí celebraremos el Día mundial de la Juventud con jóvenes llegados de los cinco continentes, y en particular de este gran “continente de la esperanza”, que es América Latina.

8. Queridos hermanos y hermanas: En esta primera etapa de mi viaje apostólico al Cono Sur americano, deseo también yo, como San Pablo, doblar “*mis rodillas ante el Padre*, de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra” (Ef 3, 14-15), pues mi peregrinación tiene -en este caso- un particular *significado de acción de gracias* a Dios porque fue posible evitar la guerra y asegurar la paz en el diferendo sobre la zona austral entre Chile y Argentina.

Recuerdo aquellos últimos días del año 1978 y comienzos de 1979, tan cargados de tensión para los ciudadanos de estas dos naciones y en cierto modo, para todos los habitantes de América Latina. Fueron jornadas de gran preocupación. Fue entonces cuando, con la confianza puesta en Dios, sentí el impulso de llevar a cabo aquel gesto de paz, arriesgado y al mismo tiempo esperanzador.

9. En este día venturoso doy gracias al Altísimo, en íntima unión con los Pastores y los fieles de esta querida Iglesia particular, y a la vez os pido que recéis intensamente por la paz de toda América. Recemos por la justicia social e internacional, que son condición de una paz verdadera. Pidamos a Dios que se respeten los derechos de los hombres, de los pueblos y de las naciones de todo el mundo, cada país y cada continente de este nuestro mundo que debe ser verdaderamente un mundo siempre más humano.

Y a vosotros, queridos habitantes de esta capital y de esta tierra, que hoy me acogéis como Sucesor de Pedro, os deseo, con las palabras del Apóstol, *que Cristo habite, mediante la fe, en vuestros corazones*: que podáis conocer cada vez mejor

el amor de Cristo que excede todo conocimiento; que os llenéis de toda plenitud de Dios (*Ef 3, 17-19*).

Y a Aquel *que contemplamos*, mediante las palabras de la liturgia cuaresmal, como Varón de dolores, nuestro Redentor, *Príncipe de la Paz*, crucificado y resucitado; a Aquel que, según el poder que ya obra en nosotros, puede hacer mucho más de cuanto podemos pedir y pensar, a El *la gloria en la Iglesia y en los corazones de los hombres de buena voluntad*, por todas las generaciones (*Ibid.*. 3, 20-21). Amén.

**CEREMONIA DE DESPEDIDA**  
**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
*Aeropuerto «Carrasco» de Montevideo*  
*Miércoles 1 de abril de 1987*

*Señor Presidente,*  
*queridos hermanos en el Episcopado,*  
*autoridades,*  
*queridos hermanos y amigos de Uruguay:*

1. Al concluir mi breve e intensa visita apostólica a vuestra patria tengo que confesar que el Papa y los uruguayos han sabido entenderse perfectamente. Me llevo en el corazón el buen recuerdo de una calurosa acogida y de una grata estancia entre vosotros, jalonada de exquisitas muestras de amor y devoción al Sucesor de San Pedro. Gracias por todo. Gracias por vuestra hospitalidad que es ya una invitación para volver a visitaros con más tiempo.

Juntos hemos celebrado nuestra fe escuchando la Palabra del Evangelio, en presencia de Cristo, y hemos unido nuestra plegaria a la oración unánime de la Iglesia. Por todo ello doy gracias al Señor. Quiero dejar constancia de mi alegría por el encuentro con los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Montevideo; ha sido un momento fuerte de comunión eclesial con el que he querido renovar en todos los que de cerca siguen y sirven a Jesús, el gozo de estar consagrados a la extensión de su reino. ¡Ojalá este encuentro del Papa con el clero y las personas consagradas sea también fecundo para el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas en la Iglesia de Uruguay!

La celebración eucarística, entusiasta y multitudinaria, en la explanada “ Tres Cruces ” ha congregado idealmente junto al Papa y los obispos de Uruguay a toda la Iglesia de esta nación, con sus respectivas diócesis, con sus representantes. En

la Eucaristía, misterio de comunión, vínculo de unidad, la Iglesia crece y se renueva porque participa de la vida de Cristo.

Ha sido para mí un gran gozo el poder conmemorar en Montevideo la feliz conclusión del diferendo entre Chile y Argentina; he querido también con ello, honrar la actitud asumida por Uruguay al prestar su apoyo y colaboración a la Mediación Papal en la superación de las tensiones, dando así prueba de su vocación pacífica y pacificadora.

2. Sé que la Iglesia en Uruguay está comprometida en una intensa tarea de evangelización y dedicada al servicio incondicional de sus hijos y de la sociedad. La comunidad eclesial, con la fuerza inspiradora que le viene del Evangelio, es a su vez garantía de auténtico progreso humano de cara al futuro de la nación.

Por eso, al despedirme, quiero exhortar a los Pastores de la Iglesia en Uruguay y a todos los católicos a perseverar en esta tarea de evangelización, aun en medio de las dificultades con que puedan encontrarse. En todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es cometido fundamental de la Iglesia orientar la conciencia y los pasos de la humanidad hacia Cristo, acercar al hombre hasta el misterio de la redención. De esta forma los hijos de la Iglesia adquieren la convicción de estar realizando una auténtica actividad renovadora, la cual desde la esfera más profunda de la persona humana revierte en una nueva forma de ser y de obrar. La Iglesia es también hoy en Uruguay un factor de esperanza y de renovación de la sociedad en sus más hondas aspiraciones morales.

Cuando está para cumplirse el V centenario del comienzo de la evangelización del Nuevo Mundo, os aliento a ser fieles a vuestra historia y a vuestra cultura en el seno de la gran familia latinoamericana, marcada por la gracia del Evangelio, por la fuerza de la fe, por su unidad con la Sede Apostólica y por su comunión con toda la Iglesia universal.

Sed fieles a Cristo, Redentor del hombre y esperanza de toda la humanidad. Que su mensaje penetre en la vida de las personas y de las instituciones, como garantía de un auténtico humanismo, fundado en los más altos valores de la conciencia humana, iluminada por la luz del Evangelio, germen de libertad y de elevación moral de los individuos y de la sociedad.

3. Gracias, Señor Presidente, por haberme invitado a venir a su país. De este modo he tenido ocasión de conocer mejor a los queridos “ orientales ” y me voy con la convicción de que Uruguay seguirá ofreciendo sus suelos a iniciativas que promuevan la armonía y el entendimiento entre los pueblos latinoamericanos.

En el momento de mi despedida, quiero expresar también mi más profundo agradecimiento a las demás autoridades civiles y militares, así como a las diversas entidades públicas que, en estrecha colaboración con los representantes de la Iglesia, han brindado toda clase de facilidades para que esta visita pastoral alcanzara sus objetivos.

Las más rendidas gracias a todos mis hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos, religiosas, fieles y en general a todas y cada una de las instituciones católicas, que con tanta generosidad y entusiasmo han trabajado en la preparación de este encuentro con el Sucesor de San Pedro.

Gracias también a todos los que con su oración y sufrimiento en el silencio han contribuido a que esta jornada eclesial sea fecunda con el auxilio divino para la vida de vuestra nación.

¡Permaneced fieles a vuestra vocación cristiana! ¡Sed testigos de Cristo y de su Evangelio! Sobre todo, vosotros, jóvenes católicos de Uruguay, que sois la esperanza de la Iglesia y de la sociedad. ¡Cristo confía en vosotros!

Con la mirada puesta en la Virgen María, que vos uruguayos invocáis con el título de Virgen de los Treinta y Tres, os encomiendo a su maternal intercesión para que la semilla del mensaje sembrado fructifique en la fértil y noble alma uruguaya.

¡Gracias, Uruguay, por tu hospitalidad! Me despido con el propósito de volver otra vez.

¡Que la paz de Cristo dé en ti frutos abundantes de justicia y amor en la libertad!

**CEREMONIA DE BIENVENIDA**  
**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
*Aeropuerto Carrasco de Montevideo, Uruguay*  
*Sábado 7 de mayo de 1988*

*Señor Presidente de la República,  
venerables hermanos en el Episcopado,  
autoridades, hermanos y hermanas todos muy queridos:*

*¡Alabado sea Jesucristo!*

1. Sean estas mis primeras palabras de invocación y agradecimiento al encontrarme de nuevo en esta bendita tierra para continuar el encuentro que comencé, hace poco más de un año, en este mismo aeropuerto de Carrasco con los amados hijos del Uruguay. Entonces manifestasteis repetidas veces el deseo de que regresara a vuestro país. En mi despedida os decía: “Gracias por vuestra hospitalidad que es ya una invitación para volver a visitaros con más tiempo”. “Me despido con el propósito de volver otra vez”.

Demos todos juntos gracias a Dios porque hoy nos permite cumplir el deseo que tanto yo como vosotros habíamos manifestado. Demos gracias también a cuantos hacen posible este encuentro.

Saludo, en primer lugar, al Señor Presidente de la República, que acaba de recibirme, en nombre también del Gobierno y del pueblo de esta querida nación. Gracias, Señor Presidente, por haber expresado con tan amables palabras la generosa acogida que los uruguayos reservan al Papa. Saludo igualmente con respeto a los miembros del Gobierno y demás autoridades aquí presentes.

A vosotros, hermanos obispos, el Sucesor del Apóstol Pedro da el beso santo, símbolo de unión en el amor de Cristo. En vosotros el Obispo de la Iglesia de Roma, que preside en la caridad, ve y saluda a cada una de las Iglesias particulares que presidís en el nombre del Señor, a vuestros queridos sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas, seminaristas y a todos los fieles laicos.

A vosotros, uruguayos, a cuantos habitáis esta noble tierra oriental del Uruguay, va mi caluroso saludo de padre, hermano y amigo. Llevo en mi corazón el recuerdo



vivo de la maravillosa bienvenida que me dispensasteis bajo una lluvia torrencial, y del encuentro que tuvimos en la explanada de Tres Cruces con un sol que brillaba luminoso en vuestro cielo tan azul. Me alegro mucho de que hayáis dejado la blanca cruz conmemorativa de aquella celebración de amor y esperanza como testimonio de pública profesión cristiana. Como os decía al despedirme: “Tengo que confesar que el Papa y los uruguayos han sabido entenderse perfectamente”.

2. Hoy quiero conocer mejor vuestra tierra y sus habitantes. Por eso, en mi deseo de visitar todos y cada uno de los diecinueve departamentos, recorreré el país en todas las direcciones. Partiendo de la capital, iré a Melo, Florida y Salto: de esta forma quiero acercarme a cada uno de vosotros.

A ti, querido Uruguay, el Papa viene cargado de esperanza para anunciarte a Cristo. Amadísimos orientales: Escuchad a Jesucristo, abridle las puertas de vuestro corazón, de vuestras familias, de vuestras instituciones. Que nuestro encuentro mueva a todos y a cada uno a fijar su mirada en Jesús. Estamos a las puertas del quinto centenario de la llegada del Evangelio a este continente, y en la conclusión del segundo milenio de la venida del Hijo de Dios al mundo para salvar a todos los hombres. Estos acontecimientos son verdaderamente un tiempo oportuno en el que todos deben sentirse invitados a asumir la responsabilidad de la historia a la luz de Cristo. Vuestra patria nació cristiana, vuestros héroes inspiraron su vida en el Evangelio, vuestra cultura está impregnada de los aportes de la fe católica.

Quiera Dios que mi viaje apostólico sea propicio para fomentar una escucha más atenta del mensaje cristiano; que la vida personal, familiar y social se deje renovar por la fuerza de la verdad y los ideales superiores que hacen noble y grande a una nación.

Como Sucesor del Apóstol Pedro, vengo a vosotros para cumplir la misión que he recibido de Cristo. Proclamando la verdad revelada por Dios, quiero ayudaros a manteneros firmes en la fe recibida de los Apóstoles, a crecer en ella, a sacar las consecuencias para la vida práctica. Deseo animaros a la esperanza, que se apoya en las promesas divinas, para que plenamente confiados busquéis con perseverancia lo que Dios os tiene preparado. Este encuentro ayudará a desarrollar los vínculos de la caridad: caridad dentro de la Iglesia, para que todos estemos

más unidos; caridad con todos, poniendo las mejores energías al servicio de los demás.

3. A lo largo de su historia, vuestra patria ha sido tierra de encuentro de grupos de diferente procedencia étnica, diversas creencias religiosas, distintas concepciones sociales y políticas. No sin dificultades, habéis sabido crear y defender una sociedad tolerante y respetuosa, que ha fomentado el progreso social, la participación; unas instituciones que han promovido la educación y la cultura.

La Iglesia católica, a través de estos casi cinco siglos de historia, ha dado su gran aporte a la construcción de vuestro país. En efecto, los cristianos han estado presentes en todos los órdenes de la vida nacional. También hoy la Iglesia en el Uruguay quiere servir a la edificación de la civilización del amor, que lleve a la promoción integral de todo hombre, que cree una sociedad más fraterna y más justa. Con esta visita quiero reafirmar el empeño de los católicos en pro del bien común y animarlos a un esfuerzo aún más generoso.

De manera especial deseo acercarme a los que más sufren: a quienes carecen de los medios suficientes para sustentar su vida, a los que no tienen casa y a los desocupados; a los enfermos, a los minusválidos; a las familias divididas, a quienes les falta el cariño y la comprensión. A todos quisiera llegar con amor, para acompañarlos y ayudarlos, para consolarlos y animarlos.

Este viaje apostólico, que hoy comienzo por vuestra tierra y que me llevará al corazón de América del Sur, lo realizo dentro del marco del Año Mariano. Por eso invoco a María, Madre de Dios, para que Ella nos acompañe y guíe en estos días.

Mañana peregrinaré con todo vuestro pueblo para honrar la imagen sagrada que veneráis en Florida, la Virgen de los Treinta y Tres, Patrona del Uruguay. A Ella encomiendo esta peregrinación pastoral, así como a vosotros, vuestras familias y vuestra patria.

¡Orientales! ¡El Papa está en vuestra casa bajo el signo de la paz: la cruz de Cristo!  
¡Gracias por recibirme!

¡Que Dios bendiga a vuestro pueblo!

**CELEBRACIÓN DE LA PALABRA EN EL ESTADIO «CENTENARIO»**  
**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
*Montevideo (Uruguay)*  
*Sábado 7 de mayo de 1988*

*Queridos hermanos en el Episcopado,  
amadísimos hermanos y hermanas de Montevideo  
y de todo el Uruguay:*

1. Hemos alabado a Dios proclamando con el Salmo: “¡Qué bueno es el Señor!” (Sal 34 [33], 9) . Quiero repetirlo fuertemente y desde lo más hondo del corazón: ¡qué bueno es el Señor, Dios Nuestro, que me ha permitido cumplir el propósito de volver al Uruguay! A El y a su Santísima Madre, la Virgen de los Treinta y Tres, debo agradecer el estar nuevamente en esta querida tierra uruguaya en la que me recibís con tanto cariño del que se ha hecho intérprete con sus amables palabras Monseñor José Gottardi, arzobispo de Montevideo y Presidente de la Conferencia Episcopal. Saludo a los fieles de cada una de las diez diócesis del Uruguay, así como del exarcado apostólico armenio y de las demás comunidades católicas del país. De una manera especial, en esta ocasión, quiero dirigirme a los de la arquidiócesis de Montevideo y de las diócesis vecinas de San José de Mayo y de Maldonado.

2. He vuelto al Uruguay para compartir con vosotros el gozo de sentirnos miembros del único Pueblo de Dios, para orar juntos, para celebrar comunitariamente nuestra fe, y meditar en común el mensaje de Jesús. Sé que en este estadio “Centenario”, donde han tenido lugar memorables eventos deportivos, recibieron hace cincuenta años la primera Comunión miles de niños uruguayos en el marco del Congreso Eucarístico de 1938. Más tarde, durante el Año Mariano de 1954, los niños volvieron a ser protagonistas de un magno encuentro en este mismo estadio, recibiendo igualmente su primera Comunión. Los obispos uruguayos, deseosos de recordar aquellos acontecimientos históricos, y en este Año Mariano que celebra la Iglesia universal, han querido proclamar un Año Eucarístico. ¡La Iglesia entera en vuestro país va a vibrar de amor a Jesucristo en la Eucaristía, e invita a todos a reforzar los lazos de hermandad para que el Uruguay sea una nación pacífica, fraterna y acogedora!

Seguramente no pocos de los que ahora estáis aquí presentes recibisteis por primera vez a Jesús Sacramentado en este lugar, hace cincuenta años. Permitidme que os pregunte: ¿habéis sido fieles durante este largo período al Señor, que se dio a vosotros para ser compañero y amigo vuestro en el camino de la vida?

También quienes lo recibisteis por vez primera como alimento del alma durante el Año Mariano de hace treinta y cuatro años, habéis de preguntaros si la gracia que se os entregó como don en aquel sacramento ha fructificado en obras de amor.

A todos los aquí presentes, a todos los uruguayos, Jesús dice esta tarde: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo” (*Jn 6, 51*). Después de veinte siglos de historia, la Iglesia sigue y siempre seguirá custodiando el tesoro de la Eucaristía como su don más precioso, como la fuente de donde brota toda su vida y su proyección en la historia humana. Con estas palabras pronunciadas en Cafarnaum, Jesús promete a quien coma su pan que vivirá para siempre. Quienes escuchaban a Jesús -agrega el evangelista- “discutían entre sí, diciendo: ¿cómo puede éste darnos a comer su carne?” (*Ibid. 6, 52*). Y el Señor, reafirmando sus palabras de manera que nadie pudiera dudar de que era El mismo quien se daba como alimento del alma, contestó: “En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros” (*Jn 6, 53*).

3. Al llegar la última Cena, antes de su pasión y muerte por los pecados de los hombres, Jesús cumplió su promesa. “Tomando el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros” (*Lc 22, 19-20*).

De este modo, Jesús anticipó sacramentalmente la entrega de su vida, que haría al día siguiente en la cruz, y, además, quiso que ese sacrificio, ofrecido bajo las especies de pan y vino, fuera renovado perpetuamente en la Iglesia. Y es en la Santa Misa donde se renueva, donde vuelve a hacerse presente el sacrificio único de Jesús por todos los hombres.

Por ello, debemos meditar con amor y gratitud cada vez mayores en la entrega del Hijo de Dios por nosotros, por ti, por mí. El está realmente presente en la Eucaristía y en todos los sagrarios de nuestras iglesias. Hace unos años, con ocasión del Jueves Santo, escribí a los sacerdotes del mundo entero una carta en la que, entre otras cosas les decía: “Pensad en los lugares donde esperan con ansia al sacerdote, y donde desde hace años, sintiendo su ausencia, no cesan de desear su presencia. Y sucede alguna vez que se reúnen en un santuario abandonado y ponen sobre el altar la estola aún conservada y recitan todas las oraciones de la liturgia eucarística; y he aquí que en el momento que corresponde a la transustanciación desciende en medio de ellos un profundo silencio, alguna vez interrumpido por sollozos... ¡con tanto ardor desean escuchar las palabras, que sólo los labios de un sacerdote pueden pronunciar eficazmente! ¡Tan vivamente desean la comunión eucarística, de la que únicamente en virtud del ministerio sacerdotal pueden participar!” (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1979*, 8 de abril de 1979).

Vosotros, queridos hermanos y hermanas uruguayos, que contáis con la presencia del sacerdote y tenéis la posibilidad de participar de la comunión eucarística, no debéis renunciar a ella. Cada domingo la Iglesia celebra el acontecimiento fundamental de nuestra fe: la resurrección de Cristo. En cada Misa, como reza la liturgia, “anunciamos la muerte y proclamamos la resurrección” del Señor. Para todo fiel católico, la participación de la Santa Misa dominical es, al mismo tiempo, un deber y un privilegio; una dulce obligación de corresponder al amor de Dios por nosotros, para dar después testimonio de ese amor en nuestra vida diaria. Por eso, si no es por graves motivos, ninguno puede sentirse dispensado de ella. La Santa Misa es el acto de culto más excelente que la Iglesia entera tributa a Dios; es la fuente de la vida cristiana; es el encuentro que Cristo quiere tener con sus hermanos los hombres para nutrirlos con el alimento que no perece, para bendecirlos y fortalecerlos en sus pruebas. ¡Buscad a Cristo en la Sagrada Eucaristía! ¡Amadlo de corazón! Y para recibirlo de manera digna y como El lo merece, no dejéis de prepararos, cuando sea preciso, mediante el sacramento de la Penitencia.

4. Padres y madres de familia: vosotros que amáis a vuestros hijos, que cuidáis de ellos con verdadera abnegación, tened presente que también debéis cuidar la vida que Cristo les ha dado en el Bautismo. Atendiendo a su preparación para la

primera Comunión, debéis acompañarlos a la Santa Misa dominical y preocuparos después para que continúen su formación de cristianos. Para una familia cristiana, el cumplimiento del precepto dominical tiene que ser motivo fundamental de alegría y de unidad. En la Santa Misa del domingo, que encuentra en la asistencia a la parroquia su expresión más genuina, cada familia hallará la fortaleza interior necesaria para afrontar con renovada fe y esperanza las dificultades inevitables, propias de nuestra condición de criaturas. Yo quisiera que éste fuera un fruto de mi visita pastoral a vuestro país: que todas las familias uruguayas sean fieles en acudir a la fuente de gracia que es la Santa Misa.

Queridos jóvenes, muchachos y muchachas del Uruguay: a vosotros, que sois fuertes y queréis hacer de vuestras vidas un servicio a Dios y al prójimo, colaborando en la construcción de una sociedad más justa y fraterna, no olvidéis que ello será posible si os empeñáis en construir un mundo que sea mejor según la voluntad y el plan de Dios. La noche en la que Jesús instituyó la Eucaristía, dijo a los discípulos reunidos en torno a El en Cenáculo: “El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada” (*Jn 15, 5*). Jesucristo, Nuestro Señor, que prometió que se quedaría con nosotros, *permanecen* en la Eucaristía desde hace veinte siglos y te espera; es necesario que vayas a su encuentro y le confíes los nobles ideales que llevas en tu corazón. Cada domingo, todos y cada uno de vosotros, jóvenes católicos, tenéis una cita con el amor de Dios. No podéis fallarle por pereza o por darle mayor importancia a otras actividades. Jesús os ha prometido que daréis mucho fruto en vuestras vidas si permanecéis con El. Os invito, pues, a que hagáis vuestra propia experiencia de acercaros a esta fuente de la vida cristiana. Veréis que se realiza también en vosotros aquella confesión de San Pablo: “Lo puedo todo en Aquel que me conforta” (*Flp 4, 13*). Jesucristo, como el mejor de los amigos, quiere ayudaros a que vuestros grandes ideales se hagan realidad.

Niñas y niños uruguayos, que os estáis preparando para hacer la primera Comunión o que ya habéis recibido a Jesús. ¡Queredlo mucho! Los niños saben mejor que nadie que “amor con amor se paga”, y tienen una gran facilidad para tratar y amar a Jesús en la Eucaristía. ¡No lo dejéis solo! El os espera en las iglesias y en las capillas de vuestros colegios, para ayudaros a crecer en la fe y para haceros fuertes, generosos y valientes. ¡Pedidle a la Virgen Santísima que nunca os separéis

de Jesús! Yo se lo pido ahora por vosotros. Y vosotros no os olvidéis de rezar por mí.

5. La noche en que Jesús instituyó la Eucaristía, banquete y sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre, dio también a los Apóstoles un “mandamiento nuevo”: “Que os améis los unos a los otros como yo os he amado; que os améis mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros” (Jn 13, 34-35).

El Señor, en la vigilia de aquel Viernes Santo en que moriría en la cruz para dar la vida por los hombres, enseñó este mandamiento con una última lección de amor: lavó los pies a sus Apóstoles, les dio el ejemplo que debemos imitar todos los que nos llamamos sus discípulos.

Durante muchos siglos, la comunidad cristiana ha celebrado a Dios, presente en la Eucaristía, cantando: “El amor de Cristo nos ha congregado en la unidad” (*Hymnus «Ubi Caritas»*). Esta unidad y este amor, que encuentran su plenitud en la Eucaristía, tienen una forma particular de expresión *en el matrimonio y en la familia*. Siempre ha enseñado la Iglesia que el matrimonio cristiano es signo del amor indisoluble con el que Cristo ama a su Iglesia (cf. *Ef 5, 22ss.*). Así como Jesucristo la ama y ha dado y da continuamente su vida por ella, así los esposos cristianos, alimentados con la Eucaristía, deben ser *ejemplo de amor indisoluble*.

Este amor ha de llevaros a la generosa comunicación de la vida, porque es de esta forma como el amor de los cónyuges se despliega y hace fecundo. ¡No tengáis miedo a los hijos que puedan venir; ellos son el don más precioso del matrimonio! Si queréis hacer de vuestro matrimonio un testimonio de verdadero amor y construir una nación próspera, no os neguéis a traer muchos invitados al banquete de la vida.

De la realización del plan de Dios sobre el matrimonio y la familia sólo pueden seguirse beneficios y bendiciones para la sociedad. Por eso, es necesario que, también la legislación civil relativa al matrimonio y la familia no ponga obstáculos, sino que tutele los derechos de los individuos y de las familias, potenciando una política familiar que no penalice la fecundidad sino que la proteja.

Las circunstancias nada fáciles del momento actual podrían provocar un cierto temor o escepticismo en los jóvenes que se preparan para el matrimonio: las dificultades del momento presente y la incidencia de opiniones equivocadas sembradoras de confusión y desorientación, les llevan a dudar si lograrán mantenerse mutuamente fieles durante toda la vida; las dificultades laborales y económicas les hacen ver el futuro con ansiedad; tienen miedo del mundo al que se verán enfrentados sus hijos.

Ante este cuadro de preocupaciones y incertidumbres el hombre y la mujer cristianos han de buscar fortaleza y seguridad en la Palabra de Dios y en los sacramentos. En el matrimonio cristiano, es Dios mismo quien bendice vuestra unión y os concede las gracias que necesitáis para realizar vuestro matrimonio según el plan divino. Corresponde ilusionada y generosamente a este plan de amor, que es el único capaz de daros la genuina felicidad que satisface las aspiraciones del corazón humano.

Es cierto que en el camino de la vida conyugal y familiar se presentan dificultades. ¡Siempre las ha habido! Pero estad seguros de que no os faltará nunca la necesaria ayuda del cielo para superarlas. ¡Sed fieles a Cristo y seréis felices! ¡Sed fieles a la enseñanza de la Iglesia y estaréis unidos por un amor siempre mayor! ¡La fidelidad no se ha pasado de moda! Podéis estar seguros de que son las familias verdaderamente cristianas las que harán que nuestro mundo vuelva a sonreír.

6. Queridísimos hermanos y hermanas uruguayos: a lo largo del año transcurrido, desde la primera vez que vine a veros, os he recordado muchas veces. En mi anterior breve visita supisteis manifestar vuestro cariño por el Sucesor de Pedro. Un afecto que guardo como gran tesoro en mi corazón y que sentí particularmente vivo por parte de los sacerdotes, religiosos y religiosas con quienes estuve en la catedral de Montevideo.

La alegría del Año Eucarístico que ya estaba programado, se hace ahora una realidad que, con la gracia de Dios, producirá abundantes frutos pastorales. Juntos vamos a adorar al Señor, realmente presente en la Hostia santa, y renovaremos nuestra fe.



Debemos dar gracias a Dios, porque cada día renueva el sacrificio del Calvario en la Santa Misa. Debemos pedirle perdón por los pecados personales y de todos los hombres. Debemos rogarle que nos mantenga fieles a la vocación con que nos llamó a ser sus hijos.

La bendición con el Santísimo Sacramento, que os impartiré, será testimonio y proclamación pública de nuestra fe en Jesucristo. También lo serán la procesión del Corpus Christi y otras devociones eucarísticas que, a lo largo de este año, vivirá con gozo la Iglesia en el Uruguay.

Que las familias se encuentren comunitariamente unidas en Cristo, cada domingo, al celebrar el día del Señor. Que la Santísima Virgen María, que fue la primera “custodia” que llevó en sí al Verbo encarnado, os introduzca en el misterio del amor de Cristo. Que así sea.

**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
A LAS AUTORIDADES ACADÉMICAS, PROFESORES Y ALUMNOS  
EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA**

**Sábado 7 de mayo de 1988**

*Excelentísimos e ilustrísimos señores,  
autoridades académicas y profesores,  
amigos de la cultura y de la ciencia,  
queridos estudiantes,  
señoras y señores:*

1. Agradezco profundamente las amables palabras con las que el señor rector y los estudiantes de esta Universidad me han dispensado tan calurosa bienvenida. Quiero decir ya por adelantado, que el encuentro de esta noche con los representantes de la cultura en Uruguay me es particularmente grato. En vosotros saludo con aprecio a todos los que en esta noble nación no ahorran esfuerzos en favor de la sustentación, transmisión y creación de esa singular riqueza humana que son los bienes culturales.

En vuestro país no han faltado quienes siempre se han distinguido por un incansable afán en cultivar y ensanchar los campos de la cultura. Me uno al

reconocimiento a que son acreedores tantos hombres y mujeres que en el pasado dedicaron sus energías a este servicio privilegiado a vuestro pueblo, y me congratulo por vuestro renovado empeño en tan importante labor.

Todos nosotros reconocemos el alto valor de esta tarea, porque la cultura es el modo peculiar como los pueblos asumen la realidad de su ser y de su entorno, se la apropian y transforman, dando a todo una dimensión de humanidad, es decir, haciendo del mundo un universo del hombre.

Los cristianos, guiados por la revelación divina, creemos que el hombre es hacedor de cultura, como expresión de su propio ser, creado a imagen y semejanza de Dios; y que del mismo Creador ha recibido el mandato de dominar la tierra, imponiendo un nombre a los demás seres (cf. *Gén* 1, 27-28; 2, 19). Así, por la palabra y el trabajo ha de cuidar la creación y, a la vez, desarrollarse personal y socialmente.

La conciencia de ser creatura salida de las manos de Dios y salvada por Jesucristo, Palabra y Sabiduría hecha carne, ha sido siempre un impulso para el cristiano a estar presente en la formación de cultura, en diálogo con todos los hombres y pueblos. Tal búsqueda por relacionar las distintas formas del saber llevó a la Iglesia, en un determinado momento de la historia, a crear esa original institución que llamamos *Universidad*, donde se intentan conjugar los distintos aportes del acervo cultural de la humanidad.

Mirando a la gloriosa historia de vuestra nación, vemos cómo la cultura de vuestro pueblo hunde sus raíces en el Evangelio de Cristo, que ilumina la elevada dignidad del hombre en este mundo y su vocación a la eternidad; que llama a la reconciliación con Dios y a la concordia entre los hombres. *De esta matriz cultural católica* bebieron en el pasado los forjadores de vuestra independencia, que dieron bases firmes a la cultura nacional.

Y así podríamos enumerar un sinfín de personas, clérigos y laicos, que cimentaron vuestra historia cultural. Recordemos al presbítero José Pérez Castellano, observador agudo y práctico de las realidades agrícolas; al también presbítero Dámaso Antonio Larrañaga —de quien esta Universidad toma su nombre— que tanto aportó con sus investigaciones sobre vuestro medio cultural, y cuyo esfuerzo está

en la base de instituciones ilustres y fecundas como la Biblioteca Pública y la Universidad de la República.

A aquellos precursores habría que agregar otros muchos. Bástenos mencionar al brillante arzobispo Mariano Soler, el primero que enseñó desde el Club Católico y cuyo abundante magisterio episcopal iluminó aun más allá de vuestras fronteras. Entre los innumerables laicos cristianos, para ser breves, evoquemos sólo tres grandes figuras: Juan Zorrilla de San Martín, Francisco Bauzá y Juana de Ibarbourou.

En el marco de esta historia secular, el encuentro de hoy es un símbolo del fecundo y permanente diálogo entre el Evangelio —del que la Iglesia es portadora— y el pueblo uruguayo, que se expresa en su cultura.

2. En efecto, la cultura, que es fruto de la apertura universal del pensamiento, se crea y desarrolla *como un diálogo* mantenido a diversos niveles.

Es un *diálogo con el mundo inanimado*, observado con los métodos propios de la ciencia, a fin de reconocer y poner sus potencialidades al servicio de la humanidad. Es deber de todos, particularmente en nuestra época, procurar que la relación del hombre con el mundo esté cada vez más marcada por una cierta medida para así cuidar el equilibrio ecológico y hacer mejor uso de las cosas, teniendo en cuenta las necesidades reales de la humanidad y evitando que sean encaminadas hacia el despilfarro o la destrucción. Es también necesario defender al hombre de hacerse esclavo de las cosas que pretende dominar, porque siempre será verdad que él vale más por lo que es, que por lo que tiene. Por consiguiente, es menester educar también a una actitud capaz de respetar y admirar el mundo que nos rodea, para escuchar el silencioso mensaje que transmite al corazón del hombre.

La cultura es además *diálogo entre personas y grupos*, y de aquí su dimensión social y comunitaria. Lo que caracteriza a un pueblo es precisamente su cultura, sus formas de expresar el propio ser y sentir, sus valores y desvalores, sus creaciones, sus modos de relacionarse, de trabajar, de celebrar la vida. Por eso, vosotros, desde el lugar de singular relieve que ocupáis en la vida de la nación, tenéis una gran responsabilidad ante vuestro pueblo, en el noble empeño por

defender lo mejor de sus peculiaridades culturales, para que pueda desarrollarse y crecer desde sus propias raíces, estando, al mismo tiempo, abierto a los demás pueblos.

En esta difícil tarea de búsqueda e intercambio, el hombre de cultura necesita mantener un creador diálogo consigo mismo. A él se le exige autenticidad y honestidad, para comunicar a los otros lo verdadero, lo noble, lo bello, lo que puede ser sustentado por una conciencia recta.

3. En la apertura a la totalidad de la existencia, la cultura implica también disponibilidad para el diálogo con Dios en las diversas formas con que puede expresarse la *relación con la trascendencia*. Por ello —como afirmaron los obispos latinoamericanos en la Conferencia General de Puebla (México)—“lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona aún más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación religiosa o, por el contrario, atea. De aquí que la religión o la irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura... en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido immanente” (*Puebla*, 389).

El diálogo de la cultura requiere consiguientemente el cuidado de algunas condiciones que lo hacen posible. En primer lugar *la libertad*, que es imprescindible para el progreso y la creatividad, unida a una actitud de tolerancia y al esfuerzo por comprender otras posturas. Como tuve ocasión de decir hace algunos años en Río de Janeiro, “la cultura, que nace libre, debe además difundirse en un régimen de libertad. El hombre culto tiene el deber de proponer su cultura, pero no puede imponerla. La imposición contradice a la cultura, porque contradice a ese proceso de libre asimilación personal por parte del pensamiento y del amor que es peculiar de la cultura del espíritu” (*Encuentro con los hombres de cultura*, Río de Janeiro, 1 de julio, 1980).

El respeto por las personas y sus convicciones lleva consigo el derecho a una información veraz y amplia; el derecho —primero de los padres y después de cada uno— a acceder a formas educativas conformes con las propias convicciones vitales

y religiosas. Una auténtica libertad de enseñanza incluye la posibilidad real de que las personas, familias e instituciones intermedias puedan crear sus propios centros de educación, sin discriminaciones. Con respecto a la enseñanza de los niños y jóvenes, abrigo el deseo de que los responsables aseguren que las subvenciones estatales sean distribuidas de tal manera que los padres, sin distinción de credo religioso o de convicciones cívicas, sean verdaderamente libres en el ejercicio de su derecho a elegir la educación de sus hijos sin tener que soportar cargas inaceptables.

4. La cultura tiene como fin el *pleno desarrollo de los hombres y de los pueblos*. A ello deben conducir tanto el crecimiento de las ciencias y de las técnicas, como las distintas formas de comprender y servir a la sociedad humana. Por consiguiente, ha de estar a disposición de todos, atendiendo con prioridad a la solución de los problemas de los más necesitados económica y culturalmente.

Recordemos que el hombre concreto, en quien hemos de reconocer sin excepción una dignidad y una responsabilidad única e irrepetible, es el sujeto y el objeto de toda la actividad cultural. Vuestra tarea se ha de ir desarrollando sin parar, como un servicio a la libertad humana y un empeño por conseguir mejores condiciones para su correcto ejercicio. A ello ha de tender vuestra labor, contribuyendo a liberar de las ataduras de la ignorancia y del error, abriendo posibilidades de perfeccionamiento progresivo, aliviando los dolores de vuestros conciudadanos, cooperando a solucionar las injusticias sociales y las estrecheces económicas.

El patrimonio cultural de vuestro pueblo cuenta con un hondo sentido de la libertad individual y de la fundamental igualdad de todos los hombres. Este valor que habéis heredado, y del que justamente os preciáis, ha alentado en el pasado la búsqueda de un modelo de sociedad más justa y podrá hoy, con la cooperación de todos, hallar caminos para solucionar los problemas que aquejan a vuestro pueblo.

La defensa de la libertad de cada hombre debe ir unida a la reflexión sobre el sentido de la libertad misma. Por ello, habrá que preguntarse: libres de qué y para qué.

En primer lugar, constatamos que la libertad es condición de la dignidad de los actos humanos. Ella incluye el deber de asumir la propia responsabilidad de ser

libres y el desafío a *discernir el bien y adherirse a él*. Por eso, una cultura plenamente humana no puede contentarse con plantear los problemas éticos y religiosos, sino tratar de darles una respuesta honesta y congruente. "El hombre no puede ser plenamente lo que es, no puede realizar totalmente su humanidad, si no vive la trascendencia de su propio ser sobre el mundo y su relación con Dios" (*Encuentro con los hombres de cultura, Río de Janeiro, 1 de julio, 1980*).

5. En ejercicio del diálogo cultural sincero, permitidme vosotros, hombres y mujeres amantes de la verdad, que os anuncie con sencillez una honda convicción compartida por millones de hermanos, tanto del pasado como del presente, aquí en vuestra tierra y en el mundo entero. En efecto, no puedo menos de proclamar, con respeto para todos y con profundo convencimiento, que la dignidad de todo hombre y el sentido de su vida tienen su origen y culminación en Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, y que Él es la iluminación última de toda cultura. Él nos revela al Padre, en quien se funda la unidad de la familia humana. Él nos revela el misterio de nuestra misma existencia, da luz a la historia y nos abre a la eternidad.

Me dirijo ahora a los católicos dedicados de manera especial a las actividades de la cultura: laicos, sacerdotes, religiosos y religiosas.

Os doy las gracias por el aporte que hacéis al servicio de vuestro pueblo en el campo de la educación y la cultura y os exhorto a armonizar cada vez más y mejor con la verdad de Cristo, el respeto por las diversas opiniones, ideas y actitudes. Vuestra presencia abierta y dialogante ha de estar siempre impregnada por la luz de lo alto, sin ceder a la tentación de fáciles reduccionismos que vacían la originalidad del mensaje cristiano. De vosotros depende en gran parte que la cultura de vuestra nación esté vivificada por la verdad del Evangelio.

6. Todos somos conscientes de que para la *evangelización de la cultura* tienen una particular importancia las instituciones católicas, desde la escuela hasta la Universidad. Si de veras quieren cumplir con su misión, es imprescindible que mantengan su identidad católica bien definida, en congruencia con la fe del Pueblo de Dios y en explícita y fiel sintonía con el Magisterio de la Iglesia. Estos institutos católicos de enseñanza son obra y responsabilidad de toda la comunidad eclesial.

Sé cuántos sacrificios y esfuerzos comporta el proveer a una enseñanza de calidad que llegue al mayor número posible de beneficiarios.

Quiero alentar de manera particular a todas aquellas personas e instituciones, que, de una u otra forma, colaboran con esta Universidad Católica del Uruguay que hoy nos recibe en su sede. Este centro académico tiene ante sí una misión importante al servicio de la tarea evangelizadora de la Iglesia y al servicio de toda la nación, de acuerdo con los objetivos que le son propios: "Calidad, competencia científica y profesional; investigación de la verdad al servicio de todos; formación de las personas en un clima de concepción integral del ser humano, con rigor científico, y con una visión cristiana del hombre, de la vida de la sociedad, de los valores morales y religiosos (...). Por otra parte, queda fuera de duda que en su servicio a la cultura han de mantenerse claramente algunos principios: la identidad de la fe sin adulteraciones, la apertura generosa a cuantas fuentes exteriores de conocimiento puedan enriquecerla y el discernimiento crítico de esas fuentes conforme a aquella identidad" (Discurso en la Pontificia Universidad Católica de Chile, 3 de abril, 1987).

Con el mismo afecto deseo expresar mi gratitud a quienes componen el Instituto Teológico del Uruguay "Mons. Mariano Soler" y están dedicados a la inestimable tarea de formar a los futuros sacerdotes. Vaya también mi saludo y mi agradecimiento al seminario interdiocesano de Cristo Rey y a cuantos colaboran en sus tareas. No es necesario subrayar la importancia de estos centros, que tanto peso tienen en el ámbito de la cultura propiamente teológica y religiosa. A todos, profesores y alumnos, os agradezco y os animo a continuar en vuestro abnegado trabajo.

7. En esta ocasión quiero saludar también a los artistas que expresan y dan vida a la cultura, plasmando en sus obras la belleza. La Iglesia, experta en humanidad, siempre ha defendido y promovido las artes, por ser un bien que ennoblece a los hombres y porque logran comunicar algo de lo que es realidad inefable. Vosotros, los artistas, tenéis una vocación muy elevada, pues podéis ayudar a los hombres con lo mejor de vosotros mismos: la creación artística.

Deseo asimismo dirigir unas palabras a quienes de manera tan relevante inciden en la formación de la cultura moderna: los profesionales de los medios de

comunicación de masas. Os agradezco, en primer lugar, vuestra contribución al desarrollo de este encuentro y de los que seguirán en el transcurso de mi visita. Al mismo tiempo os recuerdo que vuestra actividad, honrada y admirada, conlleva una gran responsabilidad, porque tenéis en vuestras manos unos instrumentos que de alguna forma son de todos y en todos influyen. Por eso, empleadlos pensando en el bien común, al servicio de la verdad. Respetad los valores culturales de vuestro pueblo, ayudando al desarrollo de vuestra sociedad, en los distintos órdenes. No os dejéis llevar por intereses particulares o conveniencias de parte y procurad que vuestra abnegada dedicación profesional contribuya al progreso moral de la nación.

A vosotros, estudiantes, os abro mi corazón. El Papa os ama y os acompaña. Estáis viviendo una etapa importantísima de vuestra vida en la que forjáis el futuro de vosotros mismos y de vuestra patria. Tened ideales altos. Por eso aprovechad al máximo este tiempo en que podéis dedicaros al estudio, a la investigación, a la búsqueda de la verdad y a la indeclinable formación de vuestra voluntad. Recordad siempre que vuestra futura capacitación es sumamente importante para vosotros, para vuestra futura familia, para vuestro país. Sed responsables y generosos en el uso de las posibilidades que se os ofrecen. No dejéis de buscar a Cristo el cual iluminará con su luz cuanto vais descubriendo y viviendo.

8. Este encuentro va llegando a su fin. Cuánto me gustaría poder detenerme más tiempo y escucharos; aprender más de vuestra cultura, de sus logros y anhelos, llevar adelante un diálogo cultural. Pero debo proseguir la marcha. Os agradezco vuestra presencia y os reitero mi gran estima por la tarea que desempeñáis en favor de la cultura. Sigamos trabajando unidos para formar un mundo más fraterno y humano, una cultura más verdadera y más bella, más acogedora de cada hombre y que sea reflejo más perfecto de la sabiduría, de la bondad y la belleza del Creador que nos ha dado parte en su gloria.

Mi plegaria se eleva a Dios pidiendo por vosotros, vuestras familias y las instituciones de que formáis parte. Que el Señor os conceda a todos luz y fuerza para seguir adelante y hacer avanzar con vuestra contribución la cultura de esta noble nación. Con afecto os imparto mi bendición apostólica.



**CELEBRACIÓN DE LA PALABRA**  
**EN LA EXPLANADA DEL BARRIO LA CONCORDIA**  
**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
*Melo (Uruguay)*  
*Domingo 8 de mayo de 1988*

*Amadísimos hermanos y hermanas,*  
*¡Alabado sea Jesucristo!*

1. Alabado sea Jesucristo en esta región oriental del Uruguay donde viven y trabajan tantos hombres y mujeres que guardan en sus corazones, como en sagrado relicario, el tesoro de su fe católica. Que Dios bendiga vuestros hogares cristianos para que sean escuelas de virtud y de trabajo donde reinen el amor y la paz.

Saludo al Señor Presidente de la República y dignísimas autoridades.

Saludo a todos los fieles de esta diócesis de Melo, con su Pastor a la cabeza, a quien agradezco vivamente las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido.

Saludo también a los otros arzobispos y obispos aquí presentes. Este saludo va igualmente a los Pastores y a los fieles de las diócesis vecinas del Brasil que se han unido gozosamente a sus hermanos uruguayos para recibir al Papa.

Con inmensa alegría estoy aquí entre vosotros para celebrar juntos la fe en Cristo. Yo no quiero anunciaros otra cosa, mas que a Cristo Redentor; a Jesucristo, el Hijo de Dios, que trabajó con sus manos, para enseñarnos cómo debemos comportarnos en nuestro esfuerzo por construir de modo solidario un mundo mejor.

Que con la ayuda de Dios, aprendamos a conocer más y mejor la vida de trabajo de Cristo, “el hijo del carpintero” (Mt 13, 5), que pasó la mayor parte de su existencia terrena compartiendo la vida de cada día con sus hermanos los hombres y ocupando sus años como un trabajador.

2. ¿No es verdad que, cuando escuchamos al Señor, percibimos que nos está hablando indudablemente de lo que El ha vivido y de lo que vivían los hombres de su tiempo? Jesús tenía que conocer a la perfección el trabajo del campo. Se

refiere con detalle, por ejemplo, a los cuidados que requiere una viña (cf. *Jn* 15, 1-6) y a la suerte distinta que corren las semillas de trigo esparcidas en la tierra por el sembrador (cf. *Lc* 8, 5-8). Jesús se siente dichoso al contemplar los campos dorados, listos para la siega (cf. *Jn* 4, 35) y se enternece ante el cariño con que un pastor bueno carga sobre sus hombros la oveja que se le había perdido (cf. *Lc* 15, 4-6).

En sus enseñanzas, el Hijo de Dios toma pie del trabajo del hombre y de la mujer para darnos a conocer las verdades del reino de los cielos. Jesús sabe cómo una mujer mezcla la levadura y la harina para hacer el pan (cf. *Mt* 13, 33); cómo se remienda un vestido roto (cf. *Lc* 5, 36); cómo negocia un buscador de perlas (cf. *Mt* 13, 45-46) y también cuáles son las posibilidades de negociar con el propio dinero (cf. *Ibid.* 25, 14-17). Asimismo al Señor no le resulta indiferente la suerte de los que están desocupados, a la espera de ser contratados para trabajar (cf. *Mt* 20, 1ss.).

3. El esfuerzo humano, la laboriosidad, la actividad creadora es un tema que encontramos ya presente en los comienzos de la Revelación divina. “La Iglesia - como señalé en la Encíclica “*Laborem Exercens*”- halla en las primeras páginas del libro del Génesis la fuente de su convicción, según la cual el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana sobre la tierra” (*Laborem Exercens*, 4), en virtud del mandato de dominar la tierra, dado por Dios a la humanidad.

Es verdad que *el trabajo* reclama esfuerzo y conlleva fatiga y cansancio, que son consecuencia del desorden introducido por el pecado; pero, habiendo sido asumido y practicado por Cristo, que lo convirtió así en realidad redimida y redentora, *ha vuelto a ser una bendición de Dios*. “Mediante su trabajo (el hombre) participa en la obra del Creador y, según sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado” (*Ibid.* 25).

El trabajo no es, pues, algo que el hombre debe realizar sólo para ganarse la vida; es una dimensión humana que puede y debe ser santificada, para llevar a los hombres a que se cumpla plenamente su vocación de criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios.

Por medio del trabajo, la persona se perfecciona a sí misma, obtiene los recursos para sostener a su familia, y contribuye a la mejora de la sociedad en la que vive. *Todo trabajo es testimonio de la dignidad del hombre*, de su dominio sobre la creación, y cualquier trabajo honrado es digno de aprecio.

Jesucristo, nuestro Señor, es también nuestro guía y modelo. “Todo lo hizo bien” (Mc 7, 37), decían de El las gentes. Cada uno de nosotros -asumida por la fe nuestra condición de hijos de Dios en Cristo- hemos de esforzarnos por seguir sus huellas en el trabajo de cada día. Como leemos en el Antiguo Testamento, no se le hacen a Dios ofrendas defectuosas (cf. Lv 3, 1. 6. 23. 28). Los cristianos serán verdaderamente “sal de la tierra” y “luz del mundo” (Mt 5, 13-14), si saben dar a su trabajo la calidad humana de una obra bien hecha, con amor de Dios y con espíritu de servicio al prójimo.

4. La obligación de trabajar, impuesta por Dios al hombre como un deber en el comienzo de la creación, sólo puede cumplirse si está asegurado el correspondiente *derecho al trabajo*. La importancia de esta materia me ha llevado a afirmar que “el trabajo es la clave esencial de toda la cuestión social” (*Laborem Exercens*, 3), y en mi última Encíclica he vuelto a manifestar la preocupación social de la Iglesia por el desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad. Con su doctrina social, la Iglesia “intenta guiar... a los hombres para que ellos mismos den una respuesta, con la ayuda también de la razón y de las ciencias humanas, a su vocación de constructores responsables de la sociedad terrena” (*Sollicitudo rei socialis*, 1).

Por lo que se refiere a la primacía del trabajo en la solución de los problemas sociales, la Iglesia tiene este convencimiento: “Si el sistema de relaciones de trabajo, llevado a la práctica por los protagonistas directos -trabajadores y empleados, con el apoyo indispensable de los poderes públicos- logra instaurar una *civilización del trabajo*, se producirá entonces en la manera de ver de los pueblos y incluso en las bases institucionales y políticas, una revolución pacífica en profundidad” (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis Conscientia*, 83).

5. Instaurar una “civilización del trabajo” es una tarea que requiere la participación solidaria de toda la sociedad. Por eso, deseo hacer un llamado a todos los fieles católicos y a todos los uruguayos de buena voluntad.

Aquellos que poseen la tierra y otras clases de bienes, deben tener presente que sobre toda propiedad privada, “grava una hipoteca social” que les obliga a procurar que sus propiedades rindan en beneficio de la colectividad.

Quien tiene empleados a su servicio está moralmente obligado a velar para que tengan buenas condiciones de trabajo y una vivienda digna para cada uno con su propia familia. Asimismo debe cuidar que la remuneración sea suficiente para llevar una vida decorosa y, si es posible, que la rebase. De la misma forma, debe procurarse que los trabajadores del campo puedan acceder a unas condiciones de vida que eviten la emigración a las ciudades, causa de graves problemas humanos y sociales.

6. En medio de este extenso mundo del trabajo humano no quiero pasar por alto a quienes *se dedican a la actividad empresarial*, para recordarles que “la prioridad del trabajo sobre el capital convierte en un deber de justicia... anteponer el bien de los trabajadores al aumento de las ganancias. Tienen la obligación moral de no mantener capitales improductivos y, en las inversiones, mirar ante todo al bien común. Esto exige que se busque prioritariamente la consolidación o la creación de nuevos puestos de trabajo para la producción de bienes realmente útiles” (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis Conscientia*, 83).

7. Con mi palabra y con mi corazón estoy también muy cerca de los que se dedican a *la actividad sindical*. La Iglesia ha defendido siempre el derecho de asociación en todos los niveles de la convivencia, porque es una consecuencia de la naturaleza social y comunitaria del hombre. La asociación con fines laborales, en los sindicatos, no solamente es justa, sino que -siempre dentro del respeto de los principios de la justicia- se muestra conveniente para lograr la armonía social. Merecen incondicionalmente apoyo y aliento todos aquellos que, con abnegación y sacrificio dedican sus esfuerzos por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Como sabéis, “la doctrina social católica no considera que los sindicatos constituyan únicamente el reflejo de la estructura de *clase* de la sociedad y que sean el exponente de la lucha de clases que gobierna inevitablemente la vida social. Sí, son un exponente de la lucha por la justicia social, por los justos derechos de los hombres del trabajo según las distintas profesiones... pero no es una lucha “contra los demás”... Los justos esfuerzos por asegurar los derechos de los trabajadores, unidos por la misma profesión, deben

tener siempre en cuenta las limitaciones que impone la situación general del país. Las exigencias sindicales no pueden transformarse en una especie de “egoísmo” de grupo o de clase por más que puedan y deban tender también a corregir - con miras al bien común de toda la sociedad - incluso todo lo que es defectuoso en el sistema de propiedad de los medios de producción o en el modo de administrarlos o de disponer de ellos” (*Laborem Exercens*, 20).

8. Y finalmente, quisiera destacar la importancia de valorar socialmente las funciones que con abnegación y entrega, desempeñan en sus casas, las madres de familia. Con esto deseo hacer patente el *reconocimiento y homenaje que se debe a la mujer uruguaya*. Ella ha desempeñado un papel providencial e inconfundible para conservar la fe y custodiar el perfil propio del alma cristiana en América Latina. Es justo que también su trabajo sea apreciado en lo que vale; y, si todos los trabajos son dignos delante de Dios y de la sociedad, el que a diario lleva a cabo una madre tiene una trascendencia superior. “Será un honor para la sociedad -señalaba en mi Encíclica sobre el trabajo humano- hacer posible a la madre -sin obstaculizar su libertad, sin discriminación psicológica o práctica, sin dejarla en inferioridad ante sus compañeras- dedicarse al cuidado y a la educación de los hijos... La verdadera promoción de la mujer exige que el trabajo se estructure de manera que no deba pagar su promoción con el abandono del carácter específico propio y en perjuicio de la familia en la que como madre tiene un papel insustituible” (*Ibid.* 19).

9. Construir una “civilización del trabajo” es un imperativo ético exigido por la vocación sobrenatural del hombre y, al mismo tiempo, es un reto a su capacidad creadora. La Iglesia no puede dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, que es exigencia del Evangelio. Por otra parte, “la doctrina social de la Iglesia no propone ningún sistema (económico, social o político) particular, pero, a la luz de sus principios fundamentales, hace posible, ante todo, ver en qué medida los sistemas existentes resultan conformes o no a las exigencias de la dignidad humana” (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis Conscientia*, 74). La construcción de una “civilización del trabajo” trae, pues, consigo una invitación al diálogo sereno entre los que sustentan opiniones diversas acerca de las posibles soluciones de los problemas que hay que resolver. No existe para ellos una única solución ni nadie tiene el derecho de definir como “católica” su propia solución, puesto que los principios enseñados por

la Iglesia admiten pluralidad de aplicaciones prácticas (cf. *(Sollicitudo rei socialis, 41)*).

También hay que decir que ninguna ideología puede abrogarse el monopolio de las soluciones a los problemas sociales. La “civilización del trabajo” exige el estudio profundo de los problemas y el estar dispuesto a aceptar la verdad; pide, asimismo, dejar de lado las ambiciones particulares o de grupo para mirar ante todo al bien común. Una “civilización del trabajo” requiere *espíritu de sacrificio, espíritu de colaboración y solidaridad*. Sobre todo, su realización exige un esfuerzo educativo de las jóvenes generaciones en las virtudes del trabajo y en la práctica de la espiritualidad que le es propia (*Laborem Exercens, 24-27*).

Construir una “civilización del trabajo” es, en fin, un ideal que está al alcance de una sociedad como la vuestra, hondamente arraigada en su histórica vocación cristiana y con un hondo sentido de la justicia y de la igualdad entre los hombres.

10. Queridos hermanos y hermanas: Al terminar nuestro encuentro, os invito a mirar nuevamente a Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, el “hijo del carpintero”. Con la Santísima Virgen, su Madre, y con San José, Jesús formó parte del hogar que es modelo para todas las familias cristianas. Santificó la noble realidad del trabajo humano, desarrollando, durante la mayor parte de su vida, la humilde labor de un artesano. Jesús nos enseñó, de este modo, a valorar el trabajo en función del amor con que lo hagamos.

Construid, pues, la “civilización del trabajo”, obrando en todo momento y lugar con amor, según la justicia y la caridad, con desprendimiento y sin perder de vista la luz eterna que alumbró nuestros pasos en la tierra. A todos los que estáis aquí, que habéis venido de los departamentos de Cerro Largo y Treinta y Tres, y de lejanos sitios, y del Brasil, os encomiendo a San José Obrero, Esposo de la Virgen Santísima, para que bajo su protección alcancéis la gloria eterna, después de trabajar por vuestros hermanos los hombres. Con afecto imparto a todos mi Bendición Apostólica.

**JUAN PABLO II  
REGINA CAELI**

Domingo 8 de mayo de 1988  
Fiesta de la Ascensión

1. *"Reina del Cielo, alégrate, aleluya".*

En este domingo del mes de mayo dedicado a la Virgen María, en pleno tiempo pascual, os invito, queridos hermanos y hermanas, a saludar a la Madre de Cristo, Redentor nuestro, que ha resucitado del sepulcro.

La peregrinación espiritual que domingo tras domingo de este Año Mariano he ido realizando a los distintos lugares de veneración y culto a la Virgen María, esparcidos por todo el mundo, me trae hoy al Santuario de la Virgen de los Treinta y Tres, Patrona del Uruguay, en la ciudad de Florida, ante cuya imagen me postraré esta tarde, como etapa gozosa y obligada en el itinerario de este viaje pastoral.

Allí contemplaré la santa imagen que atrae las miradas de todos los uruguayos e irradia dulzura y bondad; celebraré la Eucaristía y ordenaré nuevos sacerdotes para la Iglesia de Dios.

Aquella pequeña talla de la Virgen Inmaculada expresa de un modo admirable la presencia de la Madre de Dios en estas tierras del Uruguay.

En su humilde silencio esta imagen nos muestra el fruto más eminente de la redención, María, en quien no hay mancha de pecado alguno.

Contemplando a la Virgen Purísima cantamos la victoria de Cristo resucitado sobre el pecado y la muerte.

2. *"Alégrate, porque el Señor a quien has merecido llevar, ha resucitado, según su palabra, aleluya".*

El anuncio de la resurrección del Señor, mensaje culminante del Evangelio, ha llegado a estas tierras unido a la presencia amorosa de la Madre del Resucitado.

Acercándonos al V centenario de la evangelización de los pueblos de América, la Virgen María, Reina de los Apóstoles, que con su fe y su ejemplo de vida precede a los heraldos del Evangelio, nos hace sentir la hermandad de todos los pueblos, que en estas tierras benditas han acogido la Palabra y el bautismo de Cristo. De todos ellos María es Madre y Patrona; a todos convoca en una gran familia para la que deseamos esa unidad latinoamericana que ahonda sus raíces en el mensaje cristiano.

A nuestra Señora, la Virgen de los Treinta y Tres, Patrona del Uruguay, en una plegaria, que quiere ser la voz de todos los pueblos de América Latina, le dirigimos el saludo pascual que llena nuestros corazones de alegría por el triunfo de su Hijo Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte y que nos abrió las puertas del cielo.

**ALOCUCIÓN DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
A LOS OBISPOS URUGUAYOS EN LA NUNCIATURA APOSTÓLICA**  
Montevideo, Uruguay  
Domingo 8 de mayo de 1988

*Amadísimos hermanos en el Episcopado:*

1. Mi saludo a todos vosotros, en esta sede de la Nunciatura Apostólica, que nos ve gozosamente reunidos este día, quiere expresar el “afecto en la caridad” que une al Sucesor de Pedro con los Pastores de la Iglesia en Uruguay: Os deseo, con palabras del Apóstol San Pablo, “*gracia, misericordia y paz de parte de Dios y de Cristo Jesús*” (1Tm 1, 2).

Sabéis que en mis viajes pastorales espero *con particular alegría* el encuentro con mis hermanos obispos. El año pasado, dada la brevedad de mi paso por Montevideo, no fue posible estar con vosotros todo el tiempo que hubiera deseado. Ahora, *doy gracias a Dios* porque me concede el poder compartir, en estos momentos de íntima comunión, la solicitud pastoral con la que cuidáis de la Iglesia que peregrina en el Uruguay. Quiero recordar, en primer lugar, a aquellos que tuvieron a su cargo los comienzos de la evangelización en esta orilla del Río de la Plata. El primer vicario apostólico del Uruguay, Dámaso Antonio de Larrañaga, los primeros obispos de Montevideo, monseñores Jacinto Vera, Tomás Camacho y Alfredo Viola, y el primer arzobispo de esta provincia eclesíástica, monseñor



Mariano Soler, ilustre pensador y maestro, son figuras que han puesto los cimientos sobre los cuales se ha apoyado el posterior trabajo de cristianización.

En el objetivo general de la Conferencia Episcopal Uruguayosa habéis propuesto “acompañar evangélicamente al hombre y al pueblo uruguayo” a fin de que su vida entera suponga un encuentro con Cristo. Para alcanzar tan ambiciosa meta habéis de ir por delante, como Pastores de la grey, guiando al Pueblo de Dios, abriéndole caminos de luz y de verdad.

Quiero ahora invitaros a meditar conmigo algunos pasajes de la primera *Carta a Timoteo*, llena de consejos y exhortaciones pastorales, que tienen la perenne actualidad de la Revelación divina.

2. “Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que *me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio*” (1Tm 1, 12). Así se expresa el Apóstol Pablo reconociendo que, junto con el ministerio, ha recibido del Señor una gran responsabilidad. Y continúa más adelante: “La gracia de nuestro Señor sobreabundó -ha fructificado- en mí, juntamente con la fe y la caridad en Cristo Jesús” (*Ibid.*, 1, 14).

Hermanos míos: Cada uno de nosotros ha de procurar también *que fructifique el carisma recibido* “mediante la imposición de las manos” (*Ibid.*, 4, 14) -“la plenitud del sacramento del orden” (*Lumen gentium*, 21)- de tal forma que podamos escuchar aquellas palabras: “*Siervo bueno y fiel*, ... entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25, 21). Eso es -lo sabéis bien- *lo único* que puede importarnos, “porque tenemos puesta la esperanza en Dios vivo, que es el salvador de todos los hombres, principalmente de los creyentes” (1Tm 4, 10).

3. “*Ante todo*, recomienda que *se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias*” (*Ibid.*, 2, 1).

*La primera tarea del obispo* para fructificar la gracia de Dios *ha de ser el fomento de la piedad*: la suya personal y la de todos los que dependen de él. “Ejercítate en la piedad -dice San Pablo a Timoteo-, los ejercicios corporales sirven para poco; en cambio, la piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa de la vida, de la presente y de la futura” (*Ibid.*, 4, 7-8). *Es la vida de oración la que mantiene encendida vuestra ilusión de servicio*, para cumplir puntualmente el mandato de

Cristo de apacentar sus ovejas (cf. *Jn* 21, 17). Si las ansias de una mayor eficacia pastoral no estuvieran basadas en una personal y continua unión con Dios, no serían fruto del verdadero afán apostólico. Hoy como ayer se cumplen las palabras del Señor: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque, separados de mí, no podéis hacer nada” (*Ibid.*, 15, 5).

Esa unión con Cristo se hace particularmente evidente en la celebración de la sagrada liturgia, que el obispo lleva a cabo con los miembros del presbiterio y con la participación del Pueblo de Dios que le ha sido confiado. “Por medio de la liturgia, se alcanza hoy el misterio de la salvación. Cuando el obispo ofrece el sacrificio eucarístico y celebra los sacramentos, *transmite aquello que él mismo ha recibido de la tradición que viene del Señor* (cf. *1Co* 11, 25) y edifica de esa forma la Iglesia” (*A los obispos participantes en una curso de actualización litúrgica*, 12 de febrero de 1988, n. 3).

Es, pues, necesario que estéis fuertemente convencidos de la importancia de tales celebraciones para la vida cristiana de los fieles. Como “*moderadores, promotores y custodios de toda la vida litúrgica*” (*Christus Dominus*, 15), en la Iglesia que os ha sido confiada, *habéis de velar para que se observen diligentemente las normas y directrices relacionadas con su celebración*. Una equivocada interpretación de la espontaneidad no debe llevar a que se altere el sentido de las acciones litúrgicas y, en concreto, de la Santa Misa.

Con inmensa alegría he acogido vuestra iniciativa de declarar este año, 1988, Año Eucarístico. Pido a Dios que esta conmemoración fructifique *en un creciente y renovado amor de todos a Jesús-Eucaristía*.

4. “Esta es la recomendación, hijo mío, Timoteo, que yo te hago, de acuerdo con las profecías pronunciadas sobre ti anteriormente. *Combate*, penetrado de ellas, el *buen combate*, conservando la fe y la conciencia recta” (*1Tm* 1, 18-19).

Unidos a Cristo por la oración y la vida litúrgica, hemos de iniciar ese “combate” al que el Apóstol anima a Timoteo. Se trata del «combate entablado por la Iglesia, unida a la Madre de Dios como modelo suyo, “contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal” (*Ef* 6, 12)» (*Carta a los*

sacerdotes con ocasión del Jueves Santo 1988, n. 7). *Una lucha espiritual que se desarrolla en el interior de cada hombre, pero que tiene un reflejo exterior y afecta a la compleja realidad social.*

Con gran acierto habéis dicho en vuestro documento conjunto, que se trata no sólo de “acompañar evangélicamente al hombre”, sino también “*al pueblo uruguayo*”. La nueva etapa de evangelización de cada fiel cristiano ha de repercutir en toda la vida social, impregnando todos los aspectos de la cultura. No basta mirar a que se conserve la fe de algunos: *hace falta -lo sabéis bien- que la vida misma del país en todas sus manifestaciones sea conforme con los principios evangélicos*. Una cultura transformada así, sin anular la legítima pluralidad y libertad, creará un ambiente en el que “la visión cristiana de la realidad esté presente desde los primeros momentos en que la persona humana comienza a plantearse el sentido de la vida y de la historia” (*Discurso a los obispos de Uruguay en vista “ad limina”*, 14 de enero de 1985, n. 2). Se trata de una meta ambiciosa que conseguiréis alcanzar a medida que, apoyados en la oración y en la gracia divina, no rehuáis poner todo vuestro empeño con tenacidad y paciencia al servicio incondicionado de vuestro pueblo fiel.

5. Escuchemos de nuevo al Apóstol que da recomendaciones a su discípulo tan querido: “Hasta que yo llegue, *dedícate a la lectura, a la exhortación y la enseñanza*” (1Tm 4, 13). “Ocupate en estas cosas, vive entregado a ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos” (*Ibid.*, 4, 15).

El camino que, poco a poco, irá superando las dificultades que encuentra la evangelización, que conseguirá restaurar la civilización del amor y conducir a todos a la plenitud de gozo del reino de los cielos, se inicia en la propia santidad -a través de la oración y la liturgia-, pero se abre paso y se consolida también con la dedicación “a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza” (*Ibid.*, 4, 13). Esta tarea de formación permanente -tan propia del oficio pastoral- *reviste una importancia capital* en la “nueva etapa de evangelización” de vuestra patria.

Se trata de una labor de formación que ha de abarcar a todos los fieles sin excepción y que se ha de realizar usando todos los medios a vuestro alcance, en plena sintonía con la fe de la Iglesia.

6. “Los presbíteros..., principalmente los que se afanan en la predicación y en la enseñanza, merecen doble honor” (*Ibid.*, 5, 17), sigue diciendo San Pablo a Timoteo. *Sé que los presbíteros* -“ayuda e instrumento de los obispos” (*Lumen gentium*, 28) - son objetivo prioritario de vuestra preocupación pastoral. Una preocupación que incluye también los aspectos materiales (cf. *1Tm* 5, 23) pero que, sobre todo, os moverá a alentarlos en su misión de proporcionar a todos los fieles los medios necesarios para “realizar el plan de Dios, fundado en la fe” (*1Tm* 1, 4): “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (*Ibid.*, 2, 4).

Recordadles, ante todo, que deben mantenerse unidos a Jesucristo por la oración y los sacramentos: singularmente por la celebración de la Eucaristía. Aconsejadles que acudan frecuentemente al sacramento de la reconciliación para que incrementen en sí mismos la gracia que hace agradable a los ojos de Dios y, a la vez, intensifica la propia intimidad con Jesucristo el Redentor, de cuyo sacerdocio participan. Velad asimismo para que den prioridad, entre sus ineludibles tareas, a la predicación de la Palabra y a la celebración de los sacramentos.

Realmente convencidos de que compete a los laicos santificar las estructuras temporales, habéis de inculcar en la conciencia de los presbíteros la obligación, que la propia identidad les impone, de no diluir el ministerio auténtico en actividades que no sean propias de su condición. Manifestarán su unidad con toda la Iglesia enseñando las verdades de la fe sin reduccionismos ni dudosas interpretaciones. También aquí resultan actuales las palabras de San Pablo cuando dice a Timoteo: “Te rogué... que mandarás a algunos *que no enseñasen doctrinas extrañas...* que son más a propósito para promover disputas que para realizar el plan de Dios, fundado en la fe” (*Ibid.*, 1, 3-4). Atenta especialmente contra la unidad esa desviada posición teológica que pone “el acento de modo unilateral sobre la liberación de las esclavitudes de orden terrenal y temporal” (Congr. pro Doctr. Fidei, *Libertatis Nuntius*, introd.), olvidando que “la liberación es, ante todo y principalmente, liberación de la esclavitud radical del pecado” (*Ibid.*). Recordad que “la Iglesia de los pobres significa la preferencia, no exclusiva, dada a los pobres, según todas las formas de la miseria humana, ya que ellos son los preferidos de Dios” (*Ibid.* IX, 9).

Como ya he indicado en la Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis”, “conviene subrayar *el papel preponderante que cabe a los laicos*, hombres y mujeres, como se ha dicho varias veces durante la reciente Asamblea sinodal. A ellos compete animar, con su compromiso cristiano, las realidades temporales y, en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y de justicia” (*Sollicitudo Rei Socialis*, 47).

De esa forma, *los hijos de la Iglesia pondrán “por obra -con el estilo personal y familiar de vida, con el uso de los bienes, con la participación como ciudadanos, con la colaboración en las decisiones económicas y políticas y con la propia actuación a nivel nacional e internacional- las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial a los pobres” (Ibid.)*.

7. A vuestra preocupación pastoral por los presbíteros va muy unida la preocupación por *el fomento de las vocaciones sacerdotales* y el cuidado en la formación de los seminaristas.

“No te precipites en imponer a nadie las manos” (1Tm 5, 22), advierte el Apóstol a Timoteo. *El seminario debe ser objeto especial de vuestros cuidados*. El avance futuro en la difusión del reino de Dios depende sobremanera de los esfuerzos que dediquéis a esta labor.

La preparación de los candidatos al sacerdocio “debe tender a formar verdaderos Pastores de almas, según el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor” (*Optatam totius*, 4).

“El candidato debe ser irreprochable” (Tt 5, 6), amonesta nuevamente San Pablo. *La dirección espiritual personal* debe cultivar en ellos un amor sin medida a Cristo y a su Madre, y unas ansias inmensas de asociarse íntimamente a la obra de la corredención. *Los estudios filosóficos y teológicos* exigen un profesorado competente y de orientación doctrinal segura. Junto a esto, *la preparación litúrgica y pastoral* complementa su formación y desarrolla en sus corazones un amor singular hacia el santo sacrificio del altar y una solicitud incansable por acercar todos los hombres a Dios.

8. La realidad que vivimos debe llevaros a reemprender con renovadas energías *la pastoral de la familia*. Respecto de los jóvenes escribe el Apóstol que aprendan a

practicar los deberes de piedad... para con los de su propia familia. Que los jóvenes se casen..., tengan hijos y que gobiernen la propia casa (1Tm 5, 4. 14).

En vuestro país la institución del matrimonio sufre, desde hace años, la plaga del divorcio. Se ha debilitado el sentido de perpetuidad del compromiso conyugal, lo que se traduce en numerosos casos de desunión familiar y de separación de los cónyuges, con lamentables consecuencias sobre los hijos.

No hay que dejar de recordar a los fieles que “el matrimonio y el amor conyugal, por su misma naturaleza, están ordenados a la procreación y educación” (*Gaudium et spes*, 50). Los cónyuges cristianos deben saber que *todo amor verdadero supone el sacrificio y el dolor, y la entrega para siempre*. Es preciso impulsar la generosidad en el amor, sin miedo a los hijos que vendrán. Los esposos cristianos están fortificados y como consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud poseen la gracia y los dones suficientes para acrecentar su amor mutuo y llevar cristianamente las cargas del hogar.

9. “Vela por ti mismo y por la enseñanza: persevera en esta disposición, pues, obrando así, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan” (1Tm 4, 16).

A través de la catequesis iniciada por los padres en el hogar, y continuada después por múltiples cauces, *la labor de formación debe llegar a todos los rincones del país*.

La urgencia imperiosa por ampliar el alcance catequético impone la conveniencia de *abrirse a todas las iniciativas* que surjan en torno a este objetivo. Las numerosas actividades parroquiales y los diversos movimientos de apostolado que hoy florecen en Uruguay deben ser ocasión para que se profundice en el conocimiento de la doctrina cristiana y la participación en los sacramentos, inculcando también la vida de oración y el crecimiento en las virtudes.

*La primera instrucción* sobre los rudimentos de la fe *debe continuarse en la adolescencia*, ayudando a los jóvenes a profundizar en los fundamentos de la doctrina católica, de manera que puedan afrontar con una óptica cristiana las responsabilidades que la vida les depare.

10. La recepción del sacramento de la *confirmación* fortalece en los cristianos la gracia primera que recibieron en el bautismo. Frente a concepciones laicistas en el ámbito social y cultural, *hace falta cristianos que sean fuertes en la fe*, (1P 5, 9) que “combatan el buen combate” (1Tm 6, 12) de que nos habla San Pablo, decididos a identificarse con Jesucristo y a impregnar la cultura con los principios y enseñanzas del cristianismo. Todos los bautizados deben culminar su iniciación cristiana con la recepción de este sacramento.

11. Amadísimos hermanos: “La gracia sea con vosotros” (*Ibid.*, 6, 21). Así termina San Pablo su primera Carta a Timoteo, a la luz de la cual hemos realizado estas consideraciones. Esto mismo pido en estos momentos al Señor para vosotros. Que no os falten los dones del Espíritu Santo para guiar al Pueblo de Dios en el Uruguay hacia la casa del Padre celestial. *Que encarnéis la figura del Buen Pastor*, que “va delante de sus ovejas y ellas le siguen porque conocen su voz” (cf. Jn 10, 4). Que la Virgen de los Treinta y Tres, Patrona del Uruguay, os acompañe en vuestra solicitud pastoral y os fortalezca para consolidar y culminar la obra realizada hasta ahora.

A Ella encomiando todos vuestros afanes y tareas apostólicas, y le pido que, como Ella, seáis siempre dóciles al Espíritu Santo para que, a través de vuestro ministerio, la verdad divina guíe siempre a la Iglesia que está en el Uruguay.

**CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA Y ORDENACIONES SACERDOTALES**  
**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
*Florida (Uruguay)*  
*Domingo 8 de mayo de 1988*

*“No me habéis elegido vosotros,  
sino que yo os he elegido a vosotros” (Jn 15, 16).*

1. Jesús pronunció estas palabras mientras cenaba con sus Apóstoles reunidos en el cenáculo antes de la pasión. Eran “los suyos” (*Ibid.* 13, 1), aquellos a quienes había llamado uno a uno (Mc 3, 13-19), y cuyos nombres hemos escuchado en la primera lectura de la liturgia que ahora estamos celebrando.

*“No me habéis elegido vosotros, sino que yo os he elegido a vosotros”.*

Son palabras que llegan al corazón, porque Jesús las pronuncia hoy y aquí, en medio de nosotros, queridos hijos y hermanos. Se dirigen, en primer lugar, a los que vais a recibir la ordenación sacerdotal; *por la imposición de manos* y la oración recibiréis el don del Espíritu Santo que os consagrará a Dios para siempre, configurándoos con Cristo Sacerdote, ministros suyos “para que podáis obrar como en persona de Cristo Cabeza” (*Presbyterorum Ordinis*, 2).

Estas palabras van dirigidas también en este día a cuantos por el sacerdocio ministerial, obispos y presbíteros, participamos jerárquicamente del sacerdocio del mismo Cristo y estamos al servicio de la Iglesia, especialmente de la Iglesia en Uruguay.

Saludo al obispo de esta diócesis y a todos los hermanos en el Episcopado, en particular al Pastor y fieles de la vecina diócesis de Canelones, que acaba de cumplir su XXV aniversario de fundación.

Quiero saludar con sincero afecto a todas las personas aquí presentes, a todo el Pueblo de Dios, a la Iglesia que peregrina en vuestras tierras y que estoy visitando estos días como Pastor de la Iglesia universal.

2. Mis queridos hermanos: En nombre y en presencia de Cristo Resucitado nos reunimos hoy para celebrar la Eucaristía. Esta es una ocasión particularmente solemne, pues en ella tiene lugar una ordenación sacerdotal. Nos acompaña además como testigo de excepción, la Purísima Virgen de los Treinta y Tres, Patrona de vuestra nación, Madre cariñosa de cada uno de los uruguayos. También yo he querido hacerme peregrino, junto con vuestro pueblo, para postrarme a sus pies aquí en Florida.

Hoy nos reunimos en cenáculo con María para celebrar una ordenación sacerdotal. Es para mí motivo de particular alegría saber que todos los aquí presentes estáis espiritualmente unidos al Papa en la oración y ofreciendo también a Dios *estas primicias de juventud* que serán prenda de futuras vocaciones sacerdotales y de fidelidad generosa por parte de quienes se preparan para el sacerdocio.

Cristo se dirigió en el cenáculo a los que había escogido para que fueran ministros de la Eucaristía y les dijo aquellas palabras que después de tantos siglos todavía



conmueven nuestros corazones: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15, 14).

¿Qué es lo que Jesús manda hacer a sus discípulos? ¿Qué es lo que el Señor nos dice a todos nosotros y especialmente a vosotros, que os preparáis para recibir la ordenación sacerdotal?

Pues bien, Jesús nos transmite su mandamiento de amor, para que nosotros, sus ministros, sirvamos a los hermanos como el Buen Pastor, incluso dando la vida por ellos si fuera necesario: “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (*Ibid.* 15, 12). Es un mandato que nos da a modo de herencia en la víspera de su inmolación en la cruz. Nuestro sacerdocio es *participación y ejercicio de esta amistad profunda* de Cristo Sacerdote, que ofrece su vida de acuerdo con los designios salvíficos del Padre sobre la humanidad. Por el sacramento del orden sagrado, Cristo os hará “partícipes de su propia consagración y misión”, que es “unción del Espíritu Santo” (*Presbyterorum Ordinis*, 2). Cristo os va a comunicar su amistad, una unión con El tan singular, que sus palabras serán vuestras y vuestras palabras serán suyas, su Cuerpo será vuestro y vuestro cuerpo será suyo. En vuestras manos encontraréis todos los días el signo más fuerte de la eficacia de vuestro ministerio: el pan y el vino transformados en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Seréis así instrumentos principales de su victoria sobre el pecado y la muerte, para manifestar su justicia en medio de esta nación y hasta los confines de la tierra.

3. Cristo nos llama a ser servidores y dispensadores de la Eucaristía como un día llamó a los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén. Nos llama a ser portadores de la amistad divina a todos los hermanos y, ¿cómo no recordar que esta amistad es una llamada a entrar en la intimidad de Cristo para vivir personalmente del misterio de su encarnación y redención?

Debemos adentrarnos más y más en el misterio eucarístico de Cristo, esto es, de entrega al sacrificio, llevados sólo de su amor. Y, como sacerdotes de la Nueva Alianza, hemos de celebrar este misterio como pacto y sacrificio de amor bajo signos sacramentales, es decir, bajo las especies de pan y vino, conforme a la institución del Señor durante la última Cena.

Si celebramos este sacrificio de Cristo, que es el sacrificio del Hijo de Dios hecho hombre, es que *somos amigos suyos de un modo particular*, pues sólo a los amigos íntimos se confía aquello que constituye la expresión y el fruto del propio amor, lo más querido. En efecto, Jesús deja en nuestras débiles manos su inmolación de Buen Pastor, el precio de las almas, la garantía de la gloria de Dios y de la salvación del mundo. ¿No vale, pues, la pena, aceptar cualquier sacrificio y renuncia a cambio de ser consecuentes con este amor que lo da todo y que por ello puede exigirlo todo?

4. “No os llamo siervos... A vosotros os he llamado amigos” (*Jn 15, 15*).

Precisamente porque somos amigos del Señor y Redentor del mundo, hemos de ser los *servidores del Pueblo de Dios*. Por esto nuestro sacerdocio, sin dejar de ser jerárquico, es sacerdocio ministerial, es decir, de servicio. Nuestra misión es la de “servir a Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey” (*Presbyterorum Ordinis*, 1), que se prolonga en la Iglesia y nos espera en los hermanos, particularmente en los más necesitados.

Nosotros, queridos ordenandos, no somos ministros de la Iglesia para servirnos de ella, sino para servirla sin esperar premios ni ventajas temporales. Somos ministros y heraldos del Evangelio, que debemos predicar “a tiempo y a destiempo” (*2Tm 4, 2*) -como recomienda San Pablo- con toda fidelidad, en comunión con el Magisterio de la Iglesia. Se os encomienda la fe del pueblo cristiano, para que lo instruyáis en la verdad del Evangelio y en el camino de la salvación. Para santificar de veras al pueblo -especialmente por la celebración de los santos sacramentos, la vida litúrgica, la oración- debéis presidir los divinos misterios según las normas de la Iglesia, uniéndoos con la ofrenda de Cristo por la salvación del mundo. Vuestra alegría más profunda, por ser “gozo pascual” (*Presbyterorum Ordinis*, 11), es y será siempre la de *pertenecer totalmente a Cristo* que os ha llamado, que os envía, que os acompaña y que os espera en los hermanos. “Os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (*Jn 15, 15*). Como cristianos, y especialmente como sacerdotes, somos fiduciarios y transmisores de la Palabra que viene de Dios vivo. Es la Palabra del Padre, pronunciada eternamente en el amor del Espíritu Santo. Es el Verbo Encarnado, hecho hombre en las entrañas de la Virgen María, presente en los signos pobres de la Iglesia. *Es la Palabra del amor más grande que existe*: “En esto se manifestó el amor que Dios

nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de El” (1Jn 4, 9).

¡Vivir por El y para El! Ese es nuestro ideal y nuestra razón de ser como sacerdotes, según sus palabras en la última Cena: “Vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio” (Jn 15, 27). Dios nos ha enviado a su Hijo para que tuviéramos vida abundante, gracias al sacrificio de la cruz, gracias a la Eucaristía que nos alimenta y santifica.

5. ¡Queridos hermanos y hermanas, todos los que me escucháis, todos los que vivís en esta tierra uruguaya! “¡Dios es Amor!”. Vuestra vida será verdaderamente humana y cristiana si se hace donación a imitación de Dios Amor.

¡Queridos hermanos en el sacerdocio ministerial! Vosotros los que hoy recibís la ordenación sacerdotal y también vosotros, los que con abnegación y sacrificio trabajáis en la viña del Señor: Habéis de ser testigos de este Dios que es Amor y que en Cristo su Hijo se manifiesta como el Buen Pastor que da la vida por amor. Debéis ser servidores del amor que Dios infunde en nuestros corazones por el “sello” indeleble del Espíritu de amor, en nombre de esta amistad con la que Cristo os ha marcado, no declinéis esta hermosa incumbencia de ser servidores del Amor.

Cuidad la unidad de la familia cristiana en la caridad, buscad la oveja perdida, alentad al débil, con paciencia, sabiendo que también vosotros estáis expuestos a la debilidad, aunque seáis sacerdotes (cf *Hb* 5, 2). Vuestra tarea es inmensa. Estáis en el centro del diálogo de la salvación, entre Dios y los hombres. Por eso, la fidelidad del sacerdote es signo de la fidelidad de Dios que ofrece su gracia en la Iglesia, Esposa de Cristo. Poned en El toda vuestra confianza, porque El os ha elegido y os ha destinado para que vayáis y deis mucho fruto y vuestro fruto permanezca (cf. *Jn* 15, 16).

Os encomiendo a Jesús, Buen Pastor, por mediación de su Madre, que es también nuestra Madre. Que Ella os acompañe en todo momento. Recurrid a María, confíaos a su protección, pues el Señor desde la cruz nos la entregó como Madre en la persona del discípulo amado. «Que cada uno de nosotros permita a María que ocupe un lugar “en la casa” del propio sacerdocio ministerial, como madre y

mediadora de aquel “gran misterio” (cf. Ef 5, 32), que todos deseamos servir con nuestra vida» (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 25 de marzo de 1988).

6. Y después de este mensaje sacerdotal, me dirijo ahora a todos los aquí presentes, para compartir la alegría de sentirnos Pueblo de Dios bajo la mirada maternal de María y ante la imagen santa de la Purísima Virgen de los Treinta y Tres.

En este domingo memorable, lleno de gozo pascual, yo, Sucesor del Apóstol Pedro en la sede de Roma y huésped vuestro, lanzo mi llamada a esta tierra uruguaya gritando con las palabras del salmista a todos los aquí presentes y a cuantos en el Uruguay están unidos espiritualmente a nosotros: “Cantad al Señor un cántico nuevo” (*Sal 98* [97], 1). En Cristo Resucitado, “el Señor ha dado a conocer su salvación” (*Ibid.* 2), anunciando la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

Tal como acabamos de proclamar, asociando nuestras voces al canto del Salmo, “el Señor ha revelado a los pueblos su justicia” (*Ibid.*). La justicia del Padre no es otra cosa que su misericordia y su fidelidad en todo tiempo y en favor de todos los pueblos; es la salvación que nos ha dado en su Hijo Jesucristo y que nosotros ya hemos recibido. Nosotros ya hemos conocido que esta salvación y justicia de Dios se expresan en el amor, porque Dios es Amor.

7. “Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios” (*Sal 98* [97], 3). También a esta tierra uruguaya, desde hace siglos, *se ha revelado la justicia salvadora de Dios*, por medio de la predicación de la Iglesia. En medio de vosotros se ha proclamado el perdón que viene de Dios el cual comunica su amor, su misma vida y a todos llama a participar de su propia santidad. Los hijos y hijas de esta tierra ya caminan desde hace siglos en la luz de Cristo.

“Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios” (*Ibid.*). Esa victoria de Cristo Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, brilla en la Purísima Virgen María. Ella misma lo proclamó en las palabras del Magnificat: “Dios mi Salvador... ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre” (*Lc 1, 47-49*).

Con vosotros contemplo esta imagen de María Inmaculada, que es vuestra Patrona, y veo en Ella la victoria de nuestro Dios. María es para nosotros “el signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios” (*Redemptoris Mater*, 11). De esta forma, también en nosotros se cumplen las palabras proféticas que brotaron de sus labios: “Desde ahora todas las generaciones me llamerán bienaventurada” (*Lc 1, 48*).

Sí, esta imagen nos pone en ininterrumpida conexión con las generaciones de vuestro pueblo que han ensalzado a María, que han acudido a su protección, que se han dejado guiar por su ejemplo. Esta imagen de la Virgen es una llamada y a la vez un signo de la presencia de la Madre de Dios *desde los orígenes de vuestra nación*. Gracias a Ella, ¡cuántas familias han mantenido la unión y el amor!, ¡cuántos jóvenes han encontrado su camino vocacional!, ¡cuántas personas han recuperado la paz y la serenidad!

Su talla en madera de vuestros montes es fruto de esta tierra uruguaya. Manos indias la labraron y trajeron por estos parajes. Amor de indios, blancos y mestizos, le hicieron una pequeña hornacina y le ofrecieron sus tierras. Ahora es ya como un *memorial de la historia* de cada uno de vosotros, de cada familia, de todo el Uruguay.

Esta imagen nos trae a la memoria la devoción de vuestros mayores a la Madre de Dios, así como su fidelidad al Evangelio y a la Iglesia. Recordamos a vuestro prócer nacional, José Artigas, que puso bajo la protección de María a las poblaciones de Carmelo y Purificación, y que en los últimos años de su vida os dejó el testimonio humilde del rezo cotidiano del santo rosario.

Vosotros bien sabéis que la historia de vuestra patria está ligada a esta santa imagen. Con su mismo nombre, “La Virgen de los Treinta y Tres”, el pueblo ha querido recordar a los héroes que se pusieron bajo su amparo. Por esto, con toda razón, los uruguayos la ensalzan como Estrella del alba y la proclaman Capitana y Guía por las sendas de la paz y el amor.

8. María Santísima, que llevó en su seno a Cristo, Sacerdote y Redentor, nos invita a apreciar este gran don que nos dejó Jesús: el ministerio sacerdotal. Por esto, *amad a vuestros sacerdotes*, orad por ellos y encomendadlos a la Virgen.

Escuchad sus enseñanzas, acercaos a recibir la vida de Cristo en los sacramentos, especialmente en los de la reconciliación y de la Eucaristía.

Vuestro pueblo, lo sabéis bien, necesita más sacerdotes. Esta preocupación por el fomento de las vocaciones sacerdotales espera la solidaridad de los laicos, ya que ha de ser tarea de todos los bautizados. Pedid pues a María que el Señor os envíe santos sacerdotes: que vuestras familias y comunidades eclesiales sean el ambiente adecuado en que se escuche el llamado de Dios y vuestros hijos se sientan alentados a seguirlo.

Vosotros, jóvenes, pedidle al Señor que os haga oír su voz, que escuchéis el llamado que os tiene quizá reservado a vosotros. Haced de vuestra vida un seguimiento del Maestro y sed generosos en darle vuestro corazón. Y si os llamara al sacerdocio o a la vida consagrada no temáis, confiad en El, que es el amigo que nunca defrauda.

Jesucristo es el Maestro que nos enseña la verdad sin engaño y el amor auténtico. El Señor no quiere comunicarnos menos de lo que El tiene: “Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado” (Jn 15, 11). No tengáis miedo. El os llama al gozo y felicidad verdadera, y os señala el camino seguro. El os da la fuerza. Acudid a El en la oración. Escuchad su palabra. Recibid el perdón de Cristo y la gracia de la conversión por medio de la confesión frecuente. Alimentaos con la Eucaristía.

Uníos, queridos jóvenes uruguayos, para renovar vuestra patria en un esfuerzo común de solidaridad, de honestidad, de verdad y de amor. Poneos al servicio de los demás, especialmente de los pobres y de los que sufren.

A todos los que moráis en estas benditas tierras os invito a hacer de vuestras vidas un testimonio de la victoria de Cristo Redentor que, desde la Cruz, nos entregó a su Santísima Madre para que fuera también Madre nuestra.

**CONSAGRACIÓN A LA VIRGEN DE LOS TREINTA Y TRES**  
**ORACIÓN DE JUAN PABLO II**  
Florida, Uruguay  
Domingo 8 de mayo de 1988

1. *¡Feliz porque has creído, Madre del Redentor!*

Ante tu imagen sagrada, oh Virgen de los Treinta y Tres,  
todo el pueblo del Uruguay,  
que te reconoce como Madre y Patrona,  
se confía unánime a mis labios para ensalzarte:  
“¡Feliz porque has creído!”,  
y con inefable gratitud te aclama Maestra de su fe.  
Tu mirada bondadosa acompaña los caminos de evangelización  
y sostiene con amor solícito  
la peregrinación de fe y de esperanza  
de todo el Pueblo de Dios en esta sierra,  
que en ti pone su confianza, a ti encomienda sus aspiraciones,  
su futuro de paz, de progreso, de fidelidad a Cristo.

2. *¡Bendita entre las mujeres! ¡Bendito el fruto de tu seno!*

Madre del Verbo de la vida, Virgen de Nazaret,  
te encomiendo encarecidamente en este día  
todas las familias del Uruguay.  
Que sean felices afianzando más y más  
el vínculo indisoluble y sagrado del matrimonio;  
que sean benditas porque respetan la vida que nace,  
como don que viene de Dios,  
desde el mismo seno materno.  
Haz que cada familia sea de veras una iglesia doméstica,  
-a imagen de tu hogar de Nazaret-,  
donde Dios esté presente  
para hacer llevadero el yugo suave de su ley que es siempre amor,  
y donde los hijos puedan crecer en sabiduría y gracia,  
sin que les falte el alimento, la educación, el trabajo.  
Que el amor de todos los uruguayos hacia ti,  
se traduzca en respeto y promoción de la mujer,

ya que eres espejo de su vocación y dignidad,  
con la Iglesia y en la sociedad.

3. *¡Virgen del Magnificat, fiel a Dios y a la humanidad!*

Te ofrezco y pongo bajo tu amparo la Iglesia entera del Uruguay,  
los obispos y los sacerdotes,  
particularmente los recién ordenados,  
los religiosos y religiosas,  
los seminaristas y novicios  
y cuantos están dedicados  
al servicio de la evangelización  
y del progreso de este pueblo:  
los catequistas, los laicos comprometidos, los jóvenes.  
Tú que eres la imagen perfecta y viva de la libertad,  
de la unión indisoluble entre el amor de Dios  
y el servicio a los hermanos,  
entre la evangelización y la promoción humana,  
enséñanos a poner en práctica  
el amor preferencial de Dios por los pobres y humildes.  
Que toda la Iglesia del Uruguay,  
bajo tu valiosa ayuda y ejemplo,  
trabaje sin descanso por implantar  
el Evangelio de las bienaventuranzas,  
garantía de libertad, de progreso, de paz;  
promueva la solidaridad con las demás naciones hermanas,  
y todos los uruguayos vivan en armonía y concordia,  
conscientes de ser hijos de Dios y hermanos en Cristo,  
sellados por el mismo Espíritu,  
miembros de la misma Iglesia  
e hijos tuyos, Madre del Redentor.

Amén.



**SANTA MISA EN EL «PARQUE MATTOS NETO»**  
**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
*Salto (Uruguay) - Lunes 9 de mayo de 1988*

“*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungió. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los que sufren*” (Is61, 1).

1. Estas palabras del profeta Isaías que acabamos de escuchar fueron escritas varios siglos antes de la venida de Cristo.

El mismo día en que daba comienzo a su actividad mesiánica, -como nos narra el evangelista San Lucas- *Jesús*, tomando el volumen del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret *leyó estas mismas palabras*. Ante la gente de su misma ciudad, con quien había vivido durante treinta años, declaró: “*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*”(Lc 4, 21).

El Señor se presenta abiertamente como Aquél a quien el Padre “ha ungió” (Is 61, 1) y “ha enviado” (*Ibid.*) al mundo; el que viene con la potencia del Espíritu de Dios para anunciar la Buena Nueva: la Buena Nueva del Evangelio.

*Las palabras* del profeta Isaías que Jesús aplicó a sí mismo en la sinagoga de Nazaret señalan el comienzo de la proclamación del Evangelio: *el comienzo de la evangelización*.

Jesucristo es el *primer evangelizador*; y así, dondequiera que se anuncia la Buena Nueva en nombre de Cristo, allí mismo actúa El como mensajero de salvación. Esta es la salvación que toda la asamblea ha invocado dirigiéndose a Dios, “¡Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación!” (Sal 85 [84], 8).

El Evangelio es la *revelación de Dios*, el cual tanto amó al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que el hombre tenga la vida eterna (cf. Jn 3, 16). Y es también la revelación de la verdad sobre el hombre, sobre su dignidad, sobre su vocación suprema y definitiva.

Nosotros lo llamamos Buena Nueva o “Feliz anuncio”, porque lleva la consolación a todos los afligidos (cf. Is 61, 1); porque anuncia la liberación a aquellos que se

encuentran en la esclavitud del pecado y de la muerte (cf. *ibíd.*); porque *sana las llagas del corazón destrozado* (cf. *ibíd.*) y proclama “el año de gracia del Señor” (cf. *ibíd.* 61, 2), es decir, *la vida de Dios en los corazones humanos*.

2. Jesucristo, a la vez que dio el Evangelio a la Iglesia, *ordenó a los Apóstoles* -a ellos en primer lugar-, pero con ellos a todos nosotros: “Id por todo el mundo y *proclamad la Buena Nueva* a toda la creación”(Mc 16, 15); “*hasta los confines de la tierra*” (Hch 1, 8).

Se acerca, hermanos míos, el año en el que el continente americano -y particularmente América Latina- dará gracias a la Santísima Trinidad por *los quinientos años de evangelización*, es decir, por los quinientos años de la llegada de la “Buena Nueva” hasta lo que entonces eran “los confines de la tierra”. Discípulos de Cristo proclamaron el Evangelio en las tierras recién descubiertas. Entonces, como ahora, seguían teniendo vigencia las palabras que había pronunciado el Maestro: “*El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea se condenará*” (Mc 16, 16). Conscientes de ello, los primeros evangelizadores, movidos por la fe en esas palabras de Cristo y por su amor a las almas, *realizaron una labor admirable para acercar a Cristo a los pueblos recién conocidos*. Al mismo tiempo, llevaron a cabo un ingente trabajo de promoción social y cultural que hoy es orgullo y patrimonio de todo el continente, y forma parte del ser nacional de todos estos países. Monumentos artísticos y literarios, gramáticas y catecismos en las principales lenguas indígenas, las ordenanzas y leyes de Indias, son algunos de los frutos de esa obra de civilización. La “Buena Nueva” se extendió, en muchas ocasiones, antes de que se instalaran de manera permanente los pobladores europeos y fue siempre un factor de armonía y defensa de los derechos de los más débiles.

3. *Este proceso* -con sus variaciones locales- *tuvo lugar también en el Uruguay*. En efecto, las reducciones guaraníicas de los padres jesuitas en el norte, y las funciones de los padres franciscanos en las desembocaduras de los ríos Negro y Uruguay, precedieron en vuestro país a los nuevos asentamientos urbanos. Indios y misioneros, procedentes de aquellas históricas instituciones, participaron activamente en el establecimiento, construcción y defensa de las poblaciones que fueron apareciendo sucesivamente. La Iglesia estuvo también presente en Montevideo desde su nacimiento como ciudad, cuando fue fundada, bajo el

patrocinio de los Santos Felipe y Santiago, por familias venidas de las Islas Canarias en el navío “Nuestra Señora de la Encina”, siendo acompañadas por algunos eclesiásticos. Es motivo de sano orgullo para los uruguayos reconocer la presencia constante de Nuestra Señora de los Treinta y Tres en la configuración de esta tierra como nación.

El trabajo denodado de tantos sacerdotes, religiosos y laicos, y la llama de la fe siempre viva en *las familias cristianas*, verdaderas iglesias domésticas, hicieron posible *la continuidad de aquella primera evangelización*, y la gozosa realidad de vida cristiana que he comprobado durante mi estancia entre vosotros. Vuestra presencia aquí es una muestra clara de ese “fruto” (*Sal 85 [84], 13*) que ha dado la “tierra” (*Ibid.*), regada por la lluvia del Señor. *Todos los que me acompañáis* en esta Eucaristía *sois parte de esa corona y de esas joyas* (cf. *Is 61, 10*) con que Dios adorna a los que son fieles, a cuantos no cesan en su empeño por mantener la fe en este país. Por eso, es para mí motivo de alegría estar en Salto entre vosotros. A todos saludo con entrañable afecto: al obispo de esta diócesis, a las autoridades, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos los fieles. Saludo también a todos los hermanos en el Episcopado aquí presentes, y en particular al obispo y a los fieles de Tacuarembó, así como a los venidos de otros lugares del Uruguay, y a los llegados de regiones limítrofes de Argentina y Brasil.

4. Del profeta Isaías hemos escuchado: “Como el *suelo echa sus brotes*, como un jardín hace brotar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y los himnos ante todos los pueblos” (*Ibid. 21, 11*).

En el año 1992 daremos gracias a Dios, de modo particular, por los continuos “brotes” y las continuas “semillas” que ha producido la evangelización iniciada cinco siglos atrás. Recordaremos también con gratitud a aquellos que incansablemente *han proclamado* aquí la “Buena Nueva”, generación tras generación. Llegaremos, en fin, con grata memoria, hasta aquellos “primeros cristianos” de América Latina que fueron como *tierra buena*, en la cual la semilla enraizó y dio “fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta” (cf *Mt 13, 8*).

Dispongamos ahora nuestro espíritu para celebrar ese V centenario, llevando a cabo en todo el continente americano, y en Uruguay en particular, “una evangelización nueva”. “*Nueva en su ardor, en sus métodos, en su*

expresión”. (Discurso a la Asamblea del Celam, Port-au-Prince, 9 de marzo de 1983)

Será “nueva en su ardor” si a medida que se va obrando, corroboráis más y más la unión con Cristo, primer evangelizador.

“Dios anuncia la paz / a su pueblo y a sus amigos, / a los que se convierten de corazón” (*Sal* 85 [84], 9).

“Dios anuncia la paz... a los que se convierten de corazón”. *El tiempo nuevo de evangelización se inicia por la conversión del corazón*. “Dios anuncia la paz... a sus amigos”. Para entender este anuncio de paz hemos de ser sus amigos, hemos de *descubrir nuevamente que la vocación cristiana es vocación a la santidad* (cf. *Lumen gentium*, 11), pues Cristo dijo a todos: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (*Mt* 5, 48). Como ya indicó mi venerable predecesor el Papa Pablo VI, el Concilio Vaticano II “ha exhortado con solícita insistencia a todos los fieles, de cualquier condición o grado, a alcanzar la plenitud de la vida cristiana y la perfección de la caridad. Esta fuerte invitación a la santidad puede ser considerada como el elemento más característico de todo el Magisterio conciliar, y por así decir, su fin último” (*Sanctitatis clarior*, 19 de marzo de 1969). Es la clave del ardor renovado de la nueva evangelización.

5. Vuestra patria, como os recordé el año pasado en la explanada Tres Cruces, nació católica y ha dado muchos frutos de apostolado. Ahora ha llegado el momento de la maduración de vuestra fe y el tiempo de una “nueva evangelización”.

El renovado ardor apostólico que se requiere en nuestros días para la evangelización, arranca de un reiterado acto de confianza en Jesucristo: porque El es quien mueve los corazones; El es el único que tiene palabras de vida para alimentar a las almas hambrientas de eternidad; El es quien nos transmite su fuego apostólico en la oración, en los sacramentos y especialmente en la Eucaristía. “He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?” (*Lc* 12, 49). Estas ansias de Cristo siguen vivas en su Corazón.

La evangelización, que tiene como proyección necesaria también la preocupación por el bienestar material del prójimo y por hallar remedio a sus necesidades, será

eficaz si culmina en la práctica sacramental, que es el cauce por donde discurre la nueva vida que Cristo ofrece como fruto de la redención. A este propósito, aliento vivamente la iniciativa pastoral de vuestros obispos al haber convocado un Año Eucarístico para que la virtud del amor de Cristo, que se nos entrega como alimento, sea la fuente de donde broten los nuevos apóstoles que necesita el Uruguay de hoy.

Sentir ardor apostólico significa tener hambre de contagiar a otros la alegría de la fe. Ciertamente respetando la libertad del prójimo, lo cual no quiere decir indiferencia respecto a la verdad que Dios nos ha revelado. “La palabra que oís no es mía, sino de Aquel que me ha enviado” (Jn 14, 24). El cristiano, por tanto, no da testimonio de un hallazgo humano, sino de una certeza que procede de Dios. Por eso, en un clima de diálogo sincero y de amistad, no puede ocultar nunca su fe o prescindir de ella en el enfoque y en la resolución de las distintas cuestiones que plantea la convivencia entre los hombres. El ardor apostólico no es, pues, fanatismo, sino coherencia de vida cristiana. Sin juzgar las intenciones ajenas debemos llamar bien al bien y mal al mal. Es de sobra sabido que desfigurando la verdad no se solucionan los problemas. Es la apertura a la verdad de Cristo la que trae la paz a las almas. ¡No tengáis miedo a las dificultades ni a las incomprendiones tantas veces inevitables que produce en el mundo el esfuerzo por ser fieles al Señor! Ya sabemos que el cristianismo nunca fue un camino cómodo. Y también sabemos que vale la pena gastar la vida, día a día, en un trabajo constante por ser coherentes con la fe que hemos recibido. ¡Abrid a Cristo las puertas de vuestros corazones para que os transforme en propagadores de su Evangelio!

6. *La evangelización será “nueva en sus métodos” si cada uno de los miembros de la Iglesia se hace protagonista de la difusión del mensaje de Cristo.*

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor... me ha enviado para dar la Buena Noticia” (Is 61, 1).

Cada cristiano, cada uno de vosotros puede repetir estas palabras del profeta. *Cada uno puede escuchar también, como dirigidas a él, las palabras que Cristo decía a los Apóstoles poco antes de la Ascensión: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación”. (Mc 16, 15)*

“Todos los fieles” -os digo con palabras del Concilio Vaticano II- “tienen el deber de hacer apostolado, según su condición y capacidad” (*Apostolicam actuositatem*, 6).

La evangelización es pues tarea de todos los miembros de la Iglesia. Todos los fieles, bajo la guía de sus Pastores, han de ser verdaderos apóstoles.

Se trata de un apostolado que está al alcance de todos los cristianos en su entorno familiar, laboral y social. Es un apostolado que tiene como principio imprescindible el buen ejemplo en la conducta diaria - a pesar de las propias limitaciones personales - y que debe continuarse con la palabra, cada uno de acuerdo con su situación en la vida privada y en la vida pública.

7. Para que la evangelización sea “nueva” también “en su expresión”, debéis estar con los oídos atentos a lo que dice el Señor, esto es, siempre en actitud de escucha a lo que el mismo Señor puede sugerir en cualquier momento.

“Muéstranos, Señor, tu misericordia / y danos tu salvación. / Voy a escuchar lo que dice el Señor” (*Sal 85 [84], 8-9*).

Cada hombre y cada mujer cristianos ha de adquirir un sólido conocimiento de las verdades de Cristo -adecuado a su propia formación cultural e intelectual-, siguiendo las enseñanzas de la Iglesia. Cada uno ha de pedir al Espíritu Santo que le permita llevar el “alegre anuncio”, la “Buena Nueva”, a todos los ambientes en que se desarrolla su existencia. Esa *profunda formación cristiana* le permitirá verter “el vino nuevo” de que nos habla el Evangelio, en “odres nuevos” (*Mt 9, 17*): *anunciar la Buena Nueva con un lenguaje que todos puedan entender*.

Los grupos y asociaciones apostólicas han de mostrar particular interés en una mayor profundización de la vida cristiana, en un conocimiento más hondo de la fe católica, así como una participación más frecuente y activa en la vida litúrgica de la Iglesia.

Por su parte, los diversos movimientos, de apostolado en el Uruguay, los grupos de reflexión y oración, las comunidades de base y asociaciones eclesiales han dado y continuarán dando, con la gracia de Dios, frutos que manifiestan la vitalidad propia de la Iglesia. A todos deseo recordarles que “deben ser destinatarios

especiales de la evangelización y al mismo tiempo evangelizadores” (*Evangelii Nuntiandi*, 58), mostrando en todo momento su genuina fidelidad al Magisterio de la Iglesia, al Papa y a los obispos, así como su proyección universalista y misionera, y un decidido compromiso por la justicia.

8. *La lectura* de hoy, tomada del *Evangelio de San Marcos*, nos muestra a *Jesús que siente compasión por la muchedumbre*, y que realiza la multiplicación de los panes.

Nos dice el texto sagrado que, cuando se hizo tarde, se acercaron los discípulos de Jesús a decirle: “Despídelos..., que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compren de comer” (*Mc* 6, 36). El Señor respondió: “Dadles vosotros de comer” (*Ibid.* 6, 37). Y cuando se vio que las provisiones eran insuficientes, Cristo tomó lo poco que tenían, mandó que se sentaran todos sobre la hierba y *se produjo el milagro*: cinco panes y dos peces fueron suficientes para saciar el hambre de cinco mil hombres (cf. *Ibid.* 6, 44). San Marcos añade que sobraron “doce cestos de pan y de... peces” (*Ibid.* 6, 43).

Este acontecimiento es un testimonio elocuente de que *la preocupación por el pan para el hombre acompaña siempre a la evangelización*. Y el pan es símbolo de sus necesidades temporales. La Iglesia ha entendido así la evangelización a lo largo de la historia y, por eso, junto con la proclamación de la Buena Nueva, se emprendían iniciativas que buscaban satisfacer tales necesidades. Como bien señalaba mi predecesor Pablo VI, de feliz memoria, «evangelizar para la Iglesia es llevar la Buena Nueva a todos los estratos de la humanidad, es, con su influjo, transformar desde dentro, hacer nueva la humanidad misma: “Mira que he hago un mundo nuevo” (*Ap* 21, 5)» (*Evangelii Nuntiandi*, 18).

La nueva evangelización, impulsada por el mandamiento del amor, *hará brotar la deseada promoción de la justicia* y el desarrollo en su sentido más pleno, así como la justa distribución de las riquezas y el respeto de la dignidad de la persona, como imperativo ineludible para todos y cada uno de los uruguayos. Y “*en este empeño* - como he indicado en la Encíclica “*Sollicitudo Rei Socialis*” -*deben ser ejemplo y guía los hijos de la Iglesia*, llamados, según el programa enunciado por el mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret, a anunciar a los pobres la Buena Noticia..., a proclamar la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos, para dar la libertad a

los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-19)” (*Sollicitudo Rei Socialis*, 47).

9. Leemos también en el libro de Isaías:

“Desborde de gozo en el Señor, y me alegro con mi Dios: /*porque me ha vestido un traje de gala / y me ha envuelto en un manto de triunfo*” (Is 61, 10).

Así habla la Iglesia a Cristo. En efecto, *Cristo es Esposo de la Iglesia*, según leemos en la carta a los Efesios (cf. Ef 5, 25-27. 32). Como Esposo se preocupa de que su Esposa sea revestida con el manto de salvación.

*Dios, en efecto, ha amado tanto al mundo* que le dio su Hijo unigénito “para que el mundo se salve por El” (Jn 3, 17). El Hijo de Dios se ha dado a sí mismo para restituir al hombre la belleza de la imagen y de la semejanza de Dios. *En la Cruz de Cristo y en su resurrección* encuentra su fuente el “Evangelio de los pobres” y el “pan de la Eucaristía”, así como la fuerza curativa del Sacramento de la Reconciliación, “para vendar los corazones desgarrados” (Is 61, 1).

Y, por más que *en el camino de la evangelización* a lo largo de la historia de la Iglesia -también en este continente- *no falten las huellas propias de la debilidad y del pecado del hombre -del pecado multiforme-*, a pesar de todo, elevemos nuestros ojos con gratitud a Aquel que nos “amó hasta el extremo” (Jn 13, 1), y nos ha revestido con el manto de salvación (cf. Is 61, 10). *Démosle gracias por el amor*, por la redención, por la Alianza con Dios en su Sangre. Por la fe y por la vida de fe. Agradecemos al Señor los cinco siglos de evangelización en toda la América Latina.

¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo!

**CEREMONIA DE DESPEDIDA**  
**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
Aeropuerto Carrasco de Montevideo, Uruguay  
Lunes 9 de mayo de 1988

*Señor Presidente de la República,*  
*dignísimas Autoridades,*



*amados hermanos en el Episcopado,  
queridísimos amigos del Uruguay:*

1. Al terminar mi *visita pastoral* a vuestro noble país, que he recorrido durante estos días, tomando contacto directo con diversas Iglesias locales y encontrándome con gentes de todos los sectores y categorías sociales, me siento obligado a deciros *que sois realmente un pueblo “de corazón”*: lo he comprobado en todas partes viendo que sabéis ganaros con vuestro afecto el corazón de quien os visita. Me llevo un imborrable recuerdo de este viaje apostólico y no podré olvidar las manifestaciones de religiosidad y de entusiasmo que he presenciado a lo largo de mi itinerario evangelizador.

¡Gracias, pueblo de Uruguay, *por la hospitalidad* que has dado al Papa y *por la acogida que has reservado a su palabra* de sembrador de esperanza evangélica!

Sé que cuando parte un amigo, vosotros tenéis la costumbre de despedirlo deseándole lo mejor: *¡Que seas muy feliz!* Vosotros lo deseáis también a este peregrino que ahora se despide y yo correspondo de verdad con este mismo deseo por mi parte: *¡Uruguay, que seas muy feliz!*

En este momento quiero recordaros una vez más que la *auténtica felicidad* sólo se logra estando *cerca de Dios*, que os espera para colmaros con todos sus dones, de manera particular en la Eucaristía. Que la celebración en el estadio “Centenario”, donde os impartí la bendición con el Santísimo Sacramento, la tarde misma de mi llegada, constituya para vosotros un recordatorio perenne de lo que ha de ser vuestra actitud como cristianos: vivir con la *atención* puesta en el Redentor y poner en práctica su consigna *de amar a los hermanos*, especialmente a los más pobres y necesitados. Este y no otro tiene que ser el servicio diligente y cuidadoso, de la Iglesia en Uruguay a lo largo del Año Eucarístico y siempre.

2. Uruguay *será feliz* si sus familias responden *afirmativamente* al plan de Dios, abriéndose con generosidad al don de la vida.

Al igual que vuestro primer prócer, José Artigas, todos soñáis una nación próspera, libre y unida, que sea hogar común donde se viva la paz, el respeto mutuo y la convivencia en la justicia. Este sueño no es una utopía: *tenéis que hacerlo*

*realidad* con la colaboración y esfuerzo de todos; los cristianos están llamados a ser *los primeros* en esta tarea necesaria y urgente.

Antes de dejar vuestra patria, quiero dirigirme nuevamente a los jóvenes, quienes me han regalado su amistad estos días. ¡Cuento con vosotros! *Sed fuertes en la fe y dad testimonio de esperanza y de generosidad* para construir un mundo mejor. Seguiremos unidos, rezando y dialogando, para que os mantengáis *fieles al Señor*, constantes en vuestro propósito, bien conscientes de que la sociedad nueva que anheláis no es obra fácil; para construirla hay que superar muchos obstáculos, sobre todo, los que anidan en el corazón del hombre. Pero, si mantenéis viva vuestra esperanza y vuestro compromiso cristiano, tenéis también asegurada la victoria. ¡Cristo es vuestra victoria! El es el amigo que nunca defrauda.

Entre los muchos y emotivos recuerdos de estos días, me llevo el del encuentro con los representantes del mundo de la cultura, de la Universidad Católica del Uruguay, “Dámaso Antonio Larrañaga”. Si vuestro país sigue aplicándose con todo esmero para que su cultura sea vivificada *por los principios de la fe cristiana*, hechos vida primero en los hijos de la Iglesia, estará asegurando su felicidad.

Haced cuanto esté en vuestras manos para que sea una realidad el “*evangelio del trabajo*” y la “*civilización del amor*”, que fueron tema de nuestra reflexión en Melo y en Salto respectivamente.

3. La Iglesia en Uruguay, es decir, cada uno de sus miembros unidos a los Pastores, será verdaderamente el *alma de la sociedad uruguaya* si no cesa en su voluntad por llevar a cabo la “nueva evangelización”, que ella necesita y a la que ha sido convocada con todos los países de América Latina, con motivo del V centenario, ya cercano, de la llegada del mensaje de Cristo a este continente. En el horizonte comienza a vislumbrarse también el gran jubileo del tercer milenio del cristianismo.

Ambos acontecimientos exigen una buena preparación para que maduren en *frutos abundantes*: frutos de convivencia social más justa y fraterna, frutos de vida cristiana más intensa y profunda, frutos de abundantes vocaciones para el servicio de Dios y de su Iglesia.

En Florida confié vuestras vidas, vuestras familias y vuestro trabajo a la Santísima Virgen, Capitana y Guía de los Treinta y Tres y Madre del pueblo oriental. En este Año Mariano, Ella nos protege de un modo especial. *Dejaos conducir por María*, Estrella de la Evangelización, que siempre señala el camino seguro.

4. Gracias, Señor Presidente, por todas las atenciones que me ha dispensado y por su generosa contribución al buen desarrollo de este viaje pastoral. Deseo manifestar igualmente mi gratitud a todas las Autoridades de Montevideo, Melo, Florida, Salto y Canelones, que han colaborado puntual y eficazmente con los representantes de la Iglesia, para hacer posible y facilitar mi viaje apostólico. Muchas gracias a todos.

A los hermanos en el Episcopado, con los que me siento tan unido, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a todos los hermanos, hombres y mujeres, especialmente a los que sufren el dolor físico o moral; a todos digo desde lo más profundo de mi corazón: *¡Adiós y gracias!* ¡Que el Señor os bendiga!

¡Uruguay, que seas muy feliz en el camino de tu nueva historia!